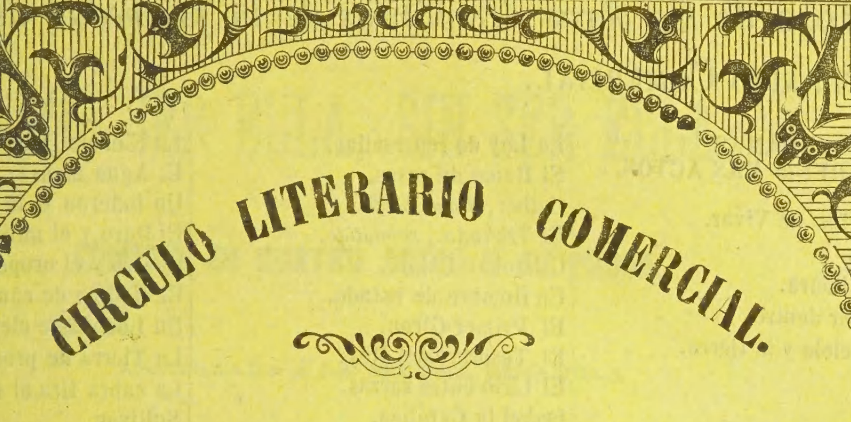
Ortiz



LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

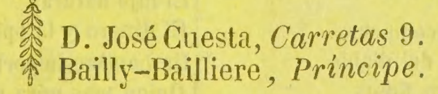
D. PABLO AVECILLA.

POR SER ELLA SIN SER ELLA.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*



D. José Cuesta, *Carretas* 9. Bailly-Bailliere, *Príncipe.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.

1859.

Cátalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bárdo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de hués...
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de a reina de...
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijo...
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortu...
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

POR SER ELLA, SIN SER ELLA.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL ORTIZ Y PINEDO

Y

DON EUGENIO R. CUENDE.



MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, S. ANTON, 26.
1859.

PERSONAJES.		ACTORES.
BEATRIZ.	SRA.	LAMADRID.
SABINA.		CARRASCO.
PRESIDENTA. . . . , ...		GUTIERREZ.
DUQUESA., ...		HIJOSA.
CATALINA.		MATEO.
ZURIHC.		ORGAZ.
MARQUESA..		MOLINA (E.)
BARONESA.		MOLINA (C.)
ENRIQUE.	SR.	ARJONA (D. J.)
MAUPIN.		FERNANDEZ.
D' ALBRET..		TAMAYO.
DUQUE.		ARJONA (D. E.)
PRESIDENTE.		SOBRADO.
HUBERTO.		LAVALLE.
GODIVET. . . . . . . , ...		GARCÍA D. S.)

SEÑORAS DE LA CÓRTE, CABALLEROS, GUARDIAS, CRIADOS, ETC.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

Sala de un antiguo y ruinoso castillo. Puertas en el fondo y á los lados. En primer término una ventana gótica, que mira al campo: una mesa colocada á la izquierda. Los muebles deteriorados y muy escasos.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA.—BEATRIZ, *sentadas cerca de la mesa y bordando con afan.*

BEATRIZ. Adelantas mucho, Catalina?..

CATAL. Muy poco, prima mia. Y tú?

BEATRIZ. He trabajado toda la noche y no he podido concluir.

CATAL. Una D'Aubigné! trabajando así como una aldeana.

BEATRIZ. Cuándo una D'Aubigné se ha convertido en aldeana!..

CATAL. Ah! prima...

BEATRIZ. Y no tiene nadie que la sirva.

CATAL. Pues y yo, no soy nadie?

BEATRIZ. Tú! mi prima... Una D'Aubigné como yo.

CATAL. No tal; nuestro parentesco es lejano... Además como yo no he recibido una educacion brillante, ni conozco como tú los libros, la música y el dibujo, me cuido poco de un nombre que no sabria llevar... El tuyo y el de tu hermano Enrique son los que me interesan. Ah! por veros yo colocados en la posicion á que os lla-

ma vuestro rango, lo daria todo en el mundo, hasta mi vida.

BEATRIZ. Qué buena eres, Catalina!...

CATAL. Cuando comparo otros castillos del pais con este en que habeis nacido, tan desmantelado y cuyos techos y muros amenazan hundirse...

BEATRIZ. Eso te causa miedo?

CATAL. No. (*A media voz.*) Me humilla.

BEATRIZ. Qué quieres!.. la muerte de mi padre, el pleito que la siguió y los malos tiempos que corren, han ido preparando poco á poco nuestra ruina... Yo lo sufro todo resignada... pero cuando pienso en mi hermano, en su porvenir... Hermano mio, mi solo bien, mi única familia; le quiero tanto!...

CATAL. Tampoco él vive más que para tí. (*Viendo que Beatriz enjuga una lágrima.*) Pero hasta hace hace unos dias no te he visto entregarte á esas tristes ideas!..

BEATRIZ. La juventud y el cariño lo hacen olvidar todo: pero de algun tiempo acá, noto que á pesar de sus esfuerzos por parecer tranquilo, Enrique está sombrío, pensativo...

CATAL. (*Con interés.*) Eso crees?

BEATRIZ. Ha sido educado por mi padre en ideas de ambicion y de gloria. Es instruido y sabe que es noble: la equitacion, la danza, las armas, todos los ejercicios de un caballero le son familiares, y se vé hoy obligado á cultivar nuestro jardin y á labrar nuestras tierras. El, que no piensa más que en batallas y en lances de caballería... un ambicioso con zuecos!..

CATAL. Comprendo tu tristeza... Por nuestro nombre, por nuestros antepasados es preciso salir de este castillo donde cada dia falta una cosa nueva, porque todo se ha vendido sucesivamente: caballos, coche, bestias, muebles... ya no queda nada... nada... ni un solo criado podemos sostener...

BEATRIZ. Dios mio!

CATAL. (*Levantándose.*) Tú me has prohibido que le diga á Enrique que nos hemos deshecho de todas nuestras alhajas, y hasta de los vestidos y

jubones de seda de tu madre. Tambien ignora que trabajamos en su ausencia en estos bordados, que hacemos vender en secreto en la ciudad inmediata.

BEATRIZ. (*Tristemente.*) Y si, como yo me figuro... nuestro trabajo no alcanza ya...

CATAL. (*Con calor.*) Yo trabajaré de noche tambien.

BEATRIZ. No, no: esta situacion terminará pronto: así lo espero. Tenemos un pariente lejano á quien Enrique no quiere hacer conocer nuestra pobreza... yo... yo... á pesar de sus órdenes, le he escrito.

CATAL. Quién es ese pariente?

BEATRIZ. Una D'Aubigné que como nosotros ha conocido la miseria.

CATAL. Y ahora?...

BEATRIZ. Ahora es reina de Francia!

CATAL. Qué, dices prima mia! una D'Aubigné.

BEATRIZ. Que se llama hoy Madame de Maintenon.

CATAL. Cuando el Rey la conoció era muy linda... y muy jóven...

BEATRIZ. Y el Rey muy viejo... Tanto se ha enamorado de ella, que se han casado en secreto.

CATAL. De modo que el Rey es nuestro primo?

BEATRIZ. Sí, pero ese parentesco debe lisonjear poco á su esposa, porqne hace un mes que la he escrito... y no me ha contestado todavia.

CATAL. Está tan lejos Pau de Versalles! Yo he oido decir que hay lo menos diez y seis ó diez y siete dias de camino.

BEATRIZ. (*Con un suspiro.*) Por eso no he perdido la esperanza... (*Intentando parecer alegre.*) Pero Enrique no puede ya tardar... Pensemos en su almuerzo... Qué le daremos?

CATAL. Ah! Dios mio! Yo no sé qué...

BEATRIZ. Y el pedazo de cecina que sobró ayer?

CATAL. Pues no te acuerdas ya de esa pobre mujer que llegó anoche cuando tú estabas cantando á la ventana á pedir que la recojiéramos por caridad. No podia andar de fatiga y se moria de hambre y de sed... Se lo dí todo. Aun está durmiendo... Qué aire tan misterioso tiene... qué distincion!

BEATRIZ. Hiciste bien... Pero de qué recurso echaremos hoy mano?

CATAL. No sé. Yo queria ocultártelo; pero tambien el panadero del pueblo, á quien hace dias que no se le paga, se ha negado hoy á dar pan.

BEATRIZ. Calla por Dios, que viene Enrique.

ESCENA II.

Dichas.—ENRIQUE.

ENRIQUE. Qué placer tan grande es levantarse con el sol para trabajar en el campo... El aire y el ejercicio dan vigor, salud y sobre todo un apetito...

BEATRIZ.
CATAL. } (Dios mio!)

ENRIQUE. Buenos dias, hermana. (*A Catalina.*) Buenos dias, primita. Vengo de dar un vistazo á la huerta... La cosecha de judias y de habas se presenta soberbia.

BEATRIZ. Sí, pero no hace más que presentarse.

ENRIQUE. (*Sentándose á la derecha.*) No tardarán. Sabeis que en el árbol que está cerca de la noria hay ya siete ú ocho albaricoques maduros?

CATAL. (*Bajo á Beatriz.*) Voy á cogerlos.

ENRIQUE. (*Al notar que se levanta.*) Bien, primita, ves á preparar el almuerzo... un almuerzo fuerte si es posible.

CATAL. Sí, primo... (¡Pobre Enrique!) (*Yéndose.*) Ya voy.

ESCENA III.

BEATRIZ.—ENRIQUE.

ENRIQUE. Ah! qué buena es!... qué cariño nos tiene... Si ganásemos con el pleito lo que inícuamente nos han usurpado, yo podria darla un dote y buscarla un buen marido... y á tí tambien, hermana.

BEATRIZ. (*Acercándose á el.*) Yo no quiero á nadie... yo no amaré nunca más que á mi hermano.

ENRIQUE. (*Tomándola una mano.*) Eso no impide que quieras á otro... Tú eres linda... tienes talento y una voz tan dulce, tan deliciosa.. que cuando yo tengo algun pesar me basta oir alguna de tus canciones para consolarme... Ya seremos ricos, y entonces... podrás elegir entre los nobles del Bearne y de Navarra... Yo he soñado esta noche...

BEATRIZ. Y yo tambien he soñado que por mi influjo en la corte ganábamos el pleito... y te alcanzaba yo el mando de una compañia y te nombraban capitan...

ENRIQUE. Que yo me batia... y salia herido...

BEATRIZ. Que ganabas una bandera...

ENRIQUE. (*Con calor.*) Y todas las marquesas de Versalles decian: ese es... el nuevo capitan.

BEATRIZ. Piensas en las Marquesas?

ENRIQUE. Y por qué no? (*Reprimiéndose.*) No, no, solo pienso en nuestro pleito.

BEATRIZ. Ah! nuestro pleito...

ENRIQUE. Tú le crees perdido? Pues hace muchos dias que estoy esperando darte una buena noticia. Ya sabes que la última sentencia nos fué desfavorable. A los pocos dias, un honrado procurador, amigo de nuestro padre, me escribió diciéndome que la sentencia habia causado un gran escándalo; que si apelábamos al parlamento conseguiriamos su revocacion, y que él estaba resuelto á anticiparnos el importe de los gastos. Yo le contesté dándole ámplios poderes, y de un un dia á otro espero carta suya. Ya ves, hermana, que no te puedo ocultar nada.

BEATRIZ. Ni yo tampoco. Tambien yo he escrito á Madame de Maintenon.

ENRIQUE. Qué has hecho?

BEATRIZ. Decirla lo que sin duda ignora: que mientras ella vive en la opulencia y rodeada de los esplendores de la córte, hay oculto y olvidado entre las breñas de los Pirineos un pariente suyo, Enrique D'Aubigné, noble y valiente, que desea emplear en servicio del Rey los dias que consume en la miseria y el hambre.

ENRIQUE. Qué confesion!... Nosotros... morir de hambre... Qué vergüenza!

BEATRIZ. Y por qué? La vergüenza no es nuestra, sino de ella, que con una palabra... puede remediarlo todo.

ENRIQUE. Y esa carta ha sido puesta en el correo?

BEATRIZ. Hace un mes... y como tú espero una contestacion...

ESCENA IV.

CATALINA.—ENRIQUE.—BEATRIZ.

CATAL. (*Corriendo.*) Una carta! una carta!..

ENRIQUE. / BEATRIZ. Cielos! Trae pronto.

ENRIQUE. (*Rompiendo la oblea.*) Estoy temblando... no veo...

BEATRIZ. Es de Versalles?

ENRIQUE. No... de París...

BEATRIZ. De la Marquesa?

ENRIQUE. No, del procurador Bonvoisin; sí; es su firma. «Mi querido cliente y amigo: nuestro negocio va cada vez mejor»...

BEATRIZ. Qué hombre tan bueno!

ENRIQUE. »Y sin embargo tengo miedo de perderle»...

CATAL. Jesus!...

ENRIQUE. (*Continuando su lectura con acento de dolor.*) «Estais muy lejos, careceis de valimiento; nuestros adversarios son muchos y ricos, y el presidente Noyon comete fácilmente una injusticia, como el oro ó la belleza se interesen en ello... Las cinco mil libras que os dije adelantaria, están ya consumidas... Como los bienes que se litigan ascienden á una suma enorme, los derechos de la curia nos devoran, y son cuando menos necesarias veinte mil libras para poder seguir y ganar el pleito.»

BEATRIZ. Ah! hermano mio, la desgracia nos persigue.

ENRIQUE. (*Haciendo un esfuerzo.*) Y por qué hemos de desesperar... Quién sabe si el dia menos pensado...

BEATRIZ. Pero ¿cómo podriamos reunir esas veinte mil libras?

ENRIQUE. Ya veremos... Tú... Catalina y yo tendremos hoy un consejo de familia... Pero almorcemos antes... (*Yendo á abrir la puerta de la izquierda.*) Se discurre mal con el estómago vacio... Si no habeis puesto la mesa, yo me encargo... (*Mirándolas y volviendo.*) Pero, qué teneis?...

BEATRIZ. (*Tristemente.*) No te tomes el trabajo de poner la mesa... es inútil.

CATAL. (*Bajando los ojos.*) No tenemos nada...

ENRIQUE. Nada!.. (Pobres chicas.) Qué es lo que hay?..

CATAL. Nada!... más que albaricoques...

ENRIQUE. (*Alegremente.*) Pues bien vengan acá... albaricoques... Es un almuerzo sano... refrigerante.. y sobre todo ligero... Ahora caigo en que no tengo hambre... (*Acercándose á Beatriz.*)

BEATRIZ. Qué dices?

ENRIQUE. Lo que oyes... Esa carta del procurador me ha quitado el apetito... un almuerzo fuerte me haria ahora daño... no debo, no puedo tomar más que fruta... Catalina, tráenos el postre.

BEATRIZ. (*Arrojándose en sus brazos.*) Hermano mio!

ENRIQUE. Y bien, qué tienes?

BEATRIZ. Un almuerzo como ese!

ENRIQUE. Sí... falta el asado; pero si conozco que me haria daño...

BEATRIZ. Tienes valor para burlarte... pues yo no.

CATAL. (*Acercándose á la ventana.*) Escuchad... Escuchad... una silla de postas para en la puerta de casa... entra en el patio...

BEATRIZ. No es posible.

CATAL. Sí, sí, un caballero jóven se apea... le acompaña un criado con librea.

ENRIQUE. Hoy es dia de grandes aventuras... (*Riendo.*) No nos dejan almorzar... Catalina, quita la mesa... Pero nosotros, señores y servidumbre del castillo, no podemos recibir en este trage á ese forastero. Hermana, ponte tus encages y tu vestido de seda.

CATAL. (*Acercándose á Enrique.*) Cállate: se ha deshecho de todo por nosotros.

ENRIQUE. Cielos!

CATAL. Pero tú, no conservas un trage...

ENRIQUE. Sí, aun me queda de nuestra antigua opulencia

un vestido conveniente: pero, Beatriz, qué es lo que acabo de oir?..

BEATRIZ. No pienses ahora en eso... Mira que sube... date prisa... (*Enrique sale por la izquierda: Beatriz á Catalina.*) Si preguuta por mí, dirás que no estoy visible... que no recibo hoy... que estoy indispuesta.

CATAL. Descuida. (*Beatriz sale por la derecha.*)

ESCENA V.

CATALINA.—*Despues* D'ALBRET.

D'ALB. (*En el fondo.*) Desengancha los caballos y llévalos á la cuadra.

CATAL. Pero, qué es lo que va á pasar aquí?..

D'ALB. Qué castillo tan singular!.. ni en los patios, ni en la escalera, ni en los corredores se encuentra un alma... (*Viendo á Catalina.*) Ah! sí, una linda moza que lleva de un modo encantador el trage del pais. (*Saludándola.*) La señorita Beatriz D'Aubigné?

CATAL. Mi señora está indispuesta, hace algunos dias que no sale de su cuarto... no podrá recibiros aunque os anuncie. ¡Vuestro nombre?

D'ALB. El conde Luis D'Albret, un paisano... un Bearnés, que encargado por Madame de Maintenon de una comision para España, trae órden de ver á su paso por la frontera á la señorita D'Aubigné y tambien á su hermano.

CATAL. El señor, á quien he advertido de vuestra llegada, no tardará en salir.

D'ALB. (*Colocando sobre la mesa su capa y su sombrero.*) Bueno, le esperaré. Estará almorzando, no es verdad?

CATAL. (*Vivamente.*) No me atrevo á asegurarlo.

D'ALB. Tanto mejor. En vida de su padre... y cuando éramos todavia unos chicos, muchas veces Enrique y yo hemos tirado la espada en casa de su tio. Era ya entonces casi un maestro...

CATAL. Ya lo creo..

D'ALB. Almorzaré con él, y recordaremos nuestra amistad en la mesa.

CATAL. (*Aparte.*) (Dios mio!) (*Alto y tímidamente.*) Es que el señor ha almorzado ya.

D'ALB. Entonces... sin cumplimientos... sin ceremonia... que me preparen cualquier cosa...

CATAL. (Si le gustaran los albaricoques...)

D'ALB. Un pollo asado... una lonja de jamon... de estos ricos jamones de Pau... una botella de Jerez... ó dos. De vinos españoles siempre la segunda sabe mejor que la primera.

CATAL. Sí lo creo. (*Aparte.* Qué voy á hacer.) (*Alto.*) Ya creo que viene el señor...

D'ALB. Solo pararé aquí poco más de una hora. Pero antes de mi partida tomad para los criados de la casa.

CATAL. (*Con un gesto de indignacion.*) Dos luises de oro... caballero!

D'ALB. Haced el favor de tomarlos y de repartirlos en mi nombre, porque yo no he logrado ver á ninguno de ellos.

CATAL. (*Al ver entrar á Enrique los toma con emocion,* Ah! por él! (*A Enrique.*) El señor conde Luis D'Albret. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE *vestido sencillamente, pero de caballero.*—D'ALBRET.

ENRIQUE. (*Alargándole la mano.*) Mi antiguo compañero de la infancia!

D'ALB. Que no os ha vuelto á ver desde nuestro ultimo asalto de espada en el castillo D'Albret... hace ya algunos años.

ENRIQUE. Sin oir vuestro nombre, no os hubiera reconocido. (*Le ofrece un asiento al lado de la mesa y se coloca enfrente.*)

D'ALB. Ni yo tampoco.

ENRIQUE. Lo creo: al verme convertido en un aldeano, vejetando en este viejo castillo mientras vos brillais en la Córte y en el ejército. Ah! qué

suerte la vuestra! En los campamentos la vida del noble es el asalto, la trinchera, los mosquetazos, la guerra con todas sus emociones: en los cuarteles de invierno y durante la paz, las delicias de la Córte, los bailes, las carreras de caballos y las bellezas seductoras á quienes se entrega uno en cuerpo y alma.

D'Alb. Teneis alguna pasion en la Córte? Estais enamorado?

Enrique. Enamorado... loco... hasta perder la cabeza.

D'Alb. De qué hermosura?

Enrique. He ahí lo que no puedo deciros. Cuando pienso en Versalles, me enamoro de todas las mujeres que me finge mi fantasía. Versalles es el paraiso.

D'Alb. No hableis asi.

Enrique. Por qué?..

D'Alb. Porque cuando le conozcais, vais á perder muchas ilusiones. La Córte del gran rey ha cambiado completamente: al amor francés, al amor tierno, alegre, ha sucedido la devocion triste y sombría que lo domina todo...

Enrique. Qué me decís?

D'Alb. Un velo fúnebre cubre todo el reino y envuelve hasta nuestra bandera... (*Levantándose.*) Pero dejemos una conversacion que me exalta y hablemos del objeto que me trae á veros... Encargado por Madame de Maintenon de una mision para Monseñor Alberoni me dirijo á España...

Enrique. Esa es la causa que os obliga á abandonar la Córte?

D'Alb. Sí, con gran gusto mio. Atravesando vuestras montañas he sentido una felicidad... he respirado un aire puro... un aire de libertad... Si me fuera posible quedarme en estas hermosas comarcas... Versalles no me volveria á ver jamás.

Enrique. No dejais allí ningun recuerdo?..

D'Alb. He tratado á todas las damas de la Córte, y no he podido amar á ninguna.

Enrique. Es singular... yo no he visto á ninguna y las amo á todas.

D'Alb. Lo siento, porque la proposicion que os traigo de parte de Madame Maintenon se hermana muy poco con las ideas y la inclinacion que habeis descubierto; lo cual me hace dudar...

Enrique. Hablad sin temor, os lo suplico.

D'Alb. Vuestra hermana, que segun me han dicho está enferma, ha escrito una carta á vuestra ilustre prima...

Enrique. Y nos traeis la respuesta?..

D'Alb. Sí; me ha prevenido que al atravesar el Bearne, me apartara del camino para deciros que os promete de aqui á un año casar á vuestra hermana segun su rango: ella se encarga desde ahora de su presente y de su porvenir.

Enrique. Es todo lo que deseaba, y bendigo á la que me otorga tan señalada merced. Que mi hermana sea dichosa... lo demas me importa poco.

D'Alb. Pasará un año lejos de aqui, lejos de vos en un convento de Bretaña, donde la señora Beatriz acabará de recibir la instruccion y la direccion que su ilustre protectora desea darla.

Enrique. Ah!.. Estoy conforme. Entretanto yo me haré matar como soldado en cualquier regimiento... en el vuestro, señor D'Albret.

D'Alb. Eso no depende por desgracia de vos ni de mí, querido Enrique. Madame Maintenon, á quien vuestra hermana ha hablado de vuestros talentos y de vuestra esperiencia, tiene sobre vos proyectos de elevacion y de grandeza, si como espero aceptais lo que os propone; y de vuestra resolucion, no debo ocultároslo, depende no solamente vuestro porvenir, sino tambien el de vuestra hermana.

Enrique. Acepto desde luego.

D'Alb. Esperad...

Enrique. No mortifiqueis mi curiosidad... hablad pronto... (*Viendo que duda.*) Pero es tan difícil?

D'Alb. Más difícil de lo que imaginais... y para abordar mejor el asunto... almorzaremos antes.

Enrique. (*Ap.*) Ah! Dios mio!

D'Alb. (*Tomando la capa y el sombrero.*) En la mesa se habla con más franqueza... Tengo además que partir antes de medio dia... y os advierto

que si aceptais la proposicion, tengo órden de llevaros conmigo.

ENRIQUE. (*Con embarazo.*) Pero no comprendo... si os parece que antes de almorzar...

ESCENA VII.

Dichos.—CATALINA *que sale por la izquierda.*

CATAL. El señor está servido.

ENRIQUE. (*Estupefacto.*) Yo!

CATAL. (*Señalando á D'Albret la puerta de la izquierda.*) El señor Conde dispensará... Como la señorita está enferma, ha mandado servir lo que habia... un pollo, un jamon... (*D'Albret pasa por delante de ella.*)

ENRIQUE. (*Bajo á Catalina.*) Pero, qué dices?

CATAL. (*A D'Albret.*) El vino de Jerez que habeis pedido y... albaricoques de postre.

D'ALB. Es un almuerzo escelente.

ENRIQUE. (*Bajo á Catalina.*) Te estás burlando de mí?

CATAL. (*A media voz.*) No temas nada, primo: el honor de la familia se ha salvado: hay hasta manteles.

D'ALB. (*A Enrique.*) Prevenid que no nos interrumpan.

CATAL. Descuidad, no entrará nadie más que yo..... (*Sonriendo.*) No llamaré á ningun criado.

ENRIQUE. (*Mirando siempre á Catalina entra por fin.*) Maldito si comprendo lo que sucede.

ESCENA VIII.

CATALINA: *va de puntillas á llamar á la puerta de la derecha.*—BEATRIZ.

CATAL. (*A Beatriz que sale.*) No temas nada... están muy ocupados.

BEATRIZ. De parte de Madame Maintenon, me has dicho que viene á anunciarnos?..

CATAL. Ya lo sabremos todo despues de su partida... Lo esencial es que almuercen ahora.

BEATRIZ. Y te has atrevido á aceptar de Mr. D'Albret dos luises...

CATAL. No para nosotros... para él, sus criados y sus caballos que se hubiesen si no muerto de hambre... Es menester que todo el mundo viva... inclusa esa pobre mujer... que antes de continuar su camino quiere entrar á despedirse y darte las gracias.

BEATRIZ. Ah! que entre, que entre. (*Se sienta á la derecha de la mesa.*)

ESCENA IX.

Los mismos.—SABINA.

SABINA. (*Desde la puerta.*) Se puede pasar?

BEATRIZ. Adelante... Ahora que estais mejor, decidme cómo os encontrásteis ayer casi desmayada á la puerta de este caseron?

SABINA. Socorrer primero y preguntar despues... muy bien... Cuando yo era rica y nadaba en oro, hacia lo mismo...

BEATRIZ. Habeis sido rica?

SABINA. Sin sentirme orgullosa de serlo.

BEATRIZ. Y lo habeis perdido todo?

SABINA. Sin pena de perderlo: y si la historia de una pobre mujer puede entretener á una noble dama, tanto mejor: no tengo otro modo de pagaros vuestra hospitalidad.

BEATRIZ. Ah! contádnosla. (*La hace sentarse.*)

CATAL. Ya escuchamos.

SABINA. Pues bien, señorita; hija de un sargento que servia en el ejército de Mr. de Vendôme, seguí á España á mi padre, que me dió una educacion completamente militar. A los quince años tiraba todas las armas y era cantinera; á los diez y seis huérfana, á los diez y siete, un flauta del regimiento de Navarra me pidió en matrimonio aunque no tenia nada...

CATAL. Seriais muy bella?..

SABINA. Tenia un rostro gracioso y una voz soberbia... hé ahí mi dote. En cuanto á Juan Maupin, mi marido, poseia como músico una gran estupidez, una pereza invencible... y una sed ardien-

te. Como hombre, reunia todos los pecados capitales... pero tuvo cuidado de no enseñarlos de una vez: cada semana me descubria uno.

CATAL. Pobre mujer!

SABINA. Mi voz desarrolló en mí una loca aficion á la música, y Maupin, valiéndose de la proteccion de un coronel español, logró presentarme como una gran cantante en la Real Capilla de S. M. Felipe V. No quiero hablaros de un éxito que hoy mismo me parece un sueño. Todos los grandes señores de la Corte me abrumaban con sus galanteos; los homenajes, los escudos y los diamantes brillaban á mis ojos. Yo lo rehusaba todo... De aquí los altercados con mi marido...

CATAL. Era celoso?

SABINA. Otra cosa peor: borracho una parte del dia, la otra la pasaba durmiendo: cuando abria los ojos era solo para sus intereses. Aprovechándose de mi voga en España, hizo un contrato con Mr. Campra el Director de la Real Capilla de de Versalles, ajustándome en cuarenta mil libras tornesas por cantar solo tres meses á contar desde la próxima cuaresma.

BEATRIZ. Cuarenta mil libras por tres meses... eso es fabuloso!

SABINA. Qué quereis, todas las glorias tienen su apogeo y su decadencia: la mia ha llegado demasiado pronto. Una noche del pasado invierno en Madrid al salir ahogada de calor de un baile, un fuerte catarro me arrebató la voz... Ni una nota, ni una escala... puedo dar desde entonces. En vano los médicos me han asegurado que volveré á recobrarla... Algunos meses despues de esta desgracia, de mi gloria, de mi opulencia, de mis diamantes, no me quedaba... más que un marido que en sus momentos de embriaguez suprema intentaba pegarme.

CATAL. Qué ingratitud!

SABINA. El cumplimiento de mi contrata en Francia se acercaba, y fiada en la promesa de que recobraria la voz me decidí á ponerme en camino, pobre, enferma y acompañada de mi marido, la mayor de mis enfermedades. Figuraos un viaje

de Madrid á Francia en la mitad de un invierno... unas veces en un carro, otras á pié, y siempre seguida de un borracho... Un dia al pasar la frontera, me encontré completamente sola... mi marido me habia abandonado ó tal vez borracho habia caido en algun precipicio del camino... Logré por fin poner el pié en Francia, y al anochecer del dia de ayer, rendida de fatiga y desfallecida de hambre, ví desde lejos este castillo y me dirigí á él para pasar la noche... Cuando llegué á su puerta los acentos de una voz más armoniosa y brillante que la mia en sus buenos tiempos, me reanimaron de repente... quise arrojarme en vuestros brazos creyéndoos una hermana, una artista, y caí moribunda á vuestras plantas.

BEATRIZ. (*Estrechándola las manos.*) Ah! que no pudiéramos nosotras ayudaros...

CATAL. Si tuviéramos lo que os hace falta...

SABINA. (*Levantándose.*) Ya lo sé, hijas mias, que sois dos corazones de oro...

CATAL. (*Sonriendo.*) Gracias... pero en materia de oro, en este castillo...

SABINA. Ya lo sé... no lo hay mas que corazones...

CATAL. (*Escuchando cerca de la puerta.*) Silencio... Oigo pasos...

BEATRIZ. (*Mirando á la puerta de la derecha.*) Si vienen me escondo...

CATAL. (*Escuchando.*) No: bajan la escalera del patio... (*Mirando á la ventana.*) Mr. D'Albret da órden de enganchar.

BEATRIZ Va á partir, tanto mejor.

CATAL. (*Saliendo por el fondo.*) Voy á ver si necesitan de algo...

BEATRIZ. (*Viendo la puerta de la izquierda que se abre.*) Mi hermano!.. Dios mio! qué palido está!..

ESCENA X.

SABINA.—ENRIQUE.—BEATRIZ.

BEATRIZ. (*Corriendo á él.*) Qué tienes?

ENRIQUE. (*Procurando dominarse.*) La turbacion... la alegria que me causa felicidad tan imprevista... Gracias á nuestra poderosa prima, nos hemos salvado... tu suerte está asegurada y tambien la mia.

SABINA. (*Avanzando un poco.*) Ah! cuánto me alegro... porque lo mereceis...

ENRIQUE. (*Volviéndose.*) Quién es?

BEATRIZ. Es la pobre mujer á quien anoche dimos hospitalidad.

SABINA. Que no olvidaré nunca.

ENRIQUE. (*Con tristeza.*) Gracias... rezad por mí.

SABINA. No teneis necesidad de mis oraciones.

BEATRIZ. Es verdad... puesto que Madame de Maintenon nos protege... Es un regimiento *lo* que te dan?.. No... una compañía... una plaza en la Córte?

ENRIQUE. No... una posicion importante... que puede con su proteccion elevarme á las más altas dignidades...

BEATRIZ. Es?..

ENRIQUE. No lo comprenderias... es una mision.

BEATRIZ. Secreta?

ENRIQUE. Sí... parto ahora mismo.

BEATRIZ. Ahora mismo?

ENRIQUE. Sí; con Mr. D'Albret, que quiere llevarme consigo... conducirme á Pau... donde me espera la persona á quien he sido confiado... y que debe dirigirme.

BEATRIZ. Abandonarnos asi... tan bruscamente... eso no es posible... y no será...

ENRIQUE. Es un deber... está empeñada mi palabra... ó parto ahora, al instante, ó nunca.

BEATRIZ. Qué dices?.. Dios mio?.. Y ese viaje será muy largo?

ENRIQUE. Quién sabe..... muchos meses..... un año acaso... En cuanto á tí el tiempo de nuestra

separacion... le pasarás en Bretaña, en un convento... Este dinero y estos papeles te lo esplicarán todo...

BEATRIZ. (*Admirada.*) Papeles!...

ENRIQUE. (*Poniéndolos sobre la mesa.*) Ya tendrás tiempo de leerlos... (*Intentando sonreirse.*) Ya verás... tu establecimiento... tu fortuna, tu porvenir... una suerte brillante... todo lo que yo te deseaba...

BEATRIZ. (*Mirándole con inquietud.*) Hermano mio!..

ENRIQUE. Ah! no puedo decir la alegria... el contento... y al mismo tiempo la pena que me causa abandonarte... Pero es preciso... valor... es preciso... Ven, dame un abrazo! (*La estrecha contra su pecho durante algunos instantes, y al ver á Catalina que aparece por la puerta del fondo corre á ella, la abraza del mismo modo y desaparece diciendo*: Adios! adios!.. *Beatriz le sigue hasta la puerta. Catalina atraviesa el teatro reflexionando. Sabina permanece inmovil y se enjuga una lágrima.*)

ESCENA XI.

BEATRIZ.—CATALINA.—SABINA.

BEATRIZ. Qué significa esto?..

SABINA. (*Llevando la mano á la frente.*) Que alguna gran desgracia acaba de sucederle!

BEATRIZ. Cómo! creeis?..

SABINA. Estoy segura de ello... mi corazon no se engaña.

BEATRIZ. (*A Catalina.*) Y tú .. tú... qué dices?..

CATAL. Yo! escuchad... el carruaje sale en este momento del patio... ya me es permitido hablar... (*Acercándose.*) Yo digo... (*Señalando á Sabina.*) que tiene razon.

BEATRIZ. Tú lo sabes?..

CATAL. Al oir al criado que preparaba el carruaje que Enrique y su amo marchaban juntos... corri al jardin en busca de Mr. D'Albret y me le encontré profundamente conmovido. Por qué os lle-

vais á Enrique? le dije: ni su hermana ni yo lo consentimos. Callad, me contestó, él es quien lo quiere, quien lo exige... y me ha hecho jurar que no diga una palabra á nadie antes de su partida. Yo sé guardar un secreto aunque me cueste la vida, le repliqué entonces llorando: yo os lo juro, y he cumplido mi juramento. Ahora que ya ha partido, sabed las dos...

BEATRIZ. Qué?.. acaba...

CATAL. Que va á hacerse fraile.

BEATRIZ. Hermano de mi vida!

SABINA. De veras?

BEATRIZ. Pero eso es absurdo... cómo... y por qué? (*Se arroja sobre los papeles y los examina mientras Catalina habla.*)

CATAL. Dejadme unir mis recuerdos y mis ideas... Madame de Maintenon dice que una persona que lleva su apellido, producirá entrando en un convento un gran efecto... y será un ejemplo de humildad para el mundo... sin contar los servicios que puede prestarla un pariente fraile elevado por ella á los primeros puestos de la Iglesia.

BEATRIZ. Pero eso es...

CATAL. El mismo dia en que pronuncie sus votos promete á su hermana una alta posicion en la Córte.

BEATRIZ. (*Arrojando los papeles.*) Jamás!.. yo la rehuso.

CATAL. El lo quiere, lo exige.

BEATRIZ. Eso es imposible.

CATAL. Dice que como gefe de la familia no tiene otro medio de asegurar tu porvenir... que es imposible encontrar las veinte mil libras necesarias para ganar el pleito, que la miseria ha llamado á nuestras puertas y que se cree dichoso comprando á costa de su juventud, de sus esperanzas, de sus ilusiones, la dicha de su hermana y el honor de su casa.

SABINA. Ah! qué noble corazon!

BEATRIZ. Pues yo escribiré á Madame de Maintenon que rechazo semejante sacrificio.

CATAL. No le impedirás ya... y le harás inútil.

BEATRIZ. (*Paseando agitada.*) No sé qué hacer: por sal-

var á mi hermano, por arrancarle al claustro en que va á sepultarse... seria capaz... de todo.

SABINA. (*Acercándose.*) Lo decis de veras?

BEATRIZ. Sí... el trabajo... las penas... los peligros... todo lo arrostraría!..

CATAL. (*Vivamente.*) Y yo tambien!

SABINA. (*Mirándola con interés.*) (Pobre niña!)

CATAL. Pero, de qué pueden servir los votos... y el cariño de tres mujeres?.. de nada.

SABINA. Quién sabe!... acuso de mucho.

BEATRIZ. Qué decis?

SABINA. Yo, que en mi situacion me atrevo á todo y no dudo de nada, os voy á dar un consejo que os parecerá temerario.

BEATRIZ / CATAL. Hablad, os escuchamos.

SABINA. (*A Catalina.*) Repetidme lo que acabais de decir. Mr. D'Aubigué va á un convento...

CATAL. Al seminario de Pau, donde durante un año hará sus estudios.

SABINA. Comprendo.

CATAL. Durante este tiempo, Beatriz irá á Bretaña...

BEATRIZ. (*Mostrando los papeles.*) Sí, los papeles son para eso... y el dinero para el viaje.

SABINA. Enterada. (*Friamente.*) Si vos quereis... nos habeis... nos hemos salvado.

BEATRIZ / CATAL. Es posible!....

SABINA. Tendreis más de las veinte mil libras necesarias para ganar el pleito, y vuestro hermano no necesitará hacerse fraile.

BEATRIZ. Pero de qué modo?

SABINA. Entre mis papeles conservo la escritura por la que Mr. Campra, director de la orquesta Real, se compromete á pagar á Madame Maupin la suma de cuarenta mil libras tornesas por cantar tres meses del presente año, en la capilla de Versalles.

CATAL. Pero eso, de qué puede ya servirnos?

BEATRIZ. Despues de haber perdido la voz...

SABINA. (*A Beatriz.*) Es que vos conservais la vuestra más limpia, de más estension y más brillante que lo ha sido la mia siempre... Teneis pues cien mil libras de renta.

BEATRIZ. (*Llena de asombro poniéndosela delante.*) Yo!.. qué idea... pensais?..
SABINA. Que estais decidida á intentarlo todo.
CATAL. Quién lo duda.
SABINA. Por salvarle.
CATAL. Es verdad.
SABINA. Quién ha de conoceros en Versalles sin haber salido nunca de estas montañas ni de este castillo?
CATAL. Tiene razon. Ah! si yo tuviera tu voz.
SABINA. Pero qué hay en esto que os asuste, que os detenga... cantar en una tribuna de la capilla, sin ser vista de nadie... detrás de una espesa cortina de seda?
CATAL. Es verdad... pobre Enrique!.. por él...
BEATRIZ. Sí... por mi hermano!.. Pero los peligros del camino... los de Versalles... yo, jóven, sin guia sin apoyo...
SABINA. No estoy yo aqui! Yo os acompañaré en calidad de aya. Partamos, pues, hoy mismo: todo está corriente.
BEATRIZ. (*Deteniéndola.*) No todo... Y mientras que yo esté en Versalles, quién ocupa mi puesto en Bretaña?
CATAL. (*Tomando los papeles.*) Yo.
BEATRIZ. Tú! No tienes miedo...
CATAL. De qué?
BEATRIZ. De encerrarte tanto tiempo sola en esa prision?
CATAL. Yo estaré como él en un claustro... un año entero...
SABINA. (Cómo le ama!)
CATAL. Ah!... en lo alto de la montaña se vé ahora la silla de postas...
SABINA. Sí; nos dá el último adios.
BEATRIZ. (*Con resolucion.*) No el último... A Versalles, á Versalles.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el invernáculo de Versalles: bancos á derecha é izquierda: sillas en el centro.

ESCENA PRIMERA.

La Duquesa *entra por la derecha quitándose una media careta de terciopelo que conserva en la mano.*—El Duque de Navailles.—Godivet.

Duque. (*A Godivet.*) Desde mañana permito la entrada y el paseo en el invernáculo á los vecinos nobles de Versalles, á condicion de que ninguno traspase los límites del órden y de la conveniencia. Cuidado como se cumple esta órden, Godivet.

Godivet. Será egecutada al pié de la letra, señor Gobernador.

Duquesa. Está muy bien dispuesto... El frio que hace en Versalles, es ya irresistible y este invernáculo el único sitio donde se puede pasear. (*Se sienta á la izquierda: el Duque en tanto ha hablado en secreto con Godivet.*)

Duque. Este ramo y este estuche sin que nadie os vea. Entendeis bien? Cuidado con una torpeza.

Duquesa. Señor Duque, he observado que de algun tiempo á esta parte teneis siempre órdenes secretas que comunicar á Godivet... Es el único de los inválidos de Versalles que posee vuestra confianza... El hará carrera...

DUQUE. (*Acercándose á la Duquesa.*) Escuchad, Duquesa, tengo prisa. Me esperan en el consejo que se celebra esta mañana en el oratorio de Madame de Maintenon. Mañana empieza la cuaresma.

DUQUESA. Mañana! Yo creia que aquí todo el año era cuaresma.

DUQUE. Silencio, por Dios!

DUQUESA. Me callo, pues.

DUQUE. Hoy, martes de carnaval, da un gran baile la princesa palatina.

DUQUESA. Dicen que será magnífico.

DUQUE. Vos no ireis!.. espero que no me dareis el disgusto de ir...

DUQUESA. Cómo!... la única diversion que tendremos este carnaval... porque hasta ahora... ni esto!.. Qué motivo...

DUQUE. (*Sentándose.*) Uno importantísimo. Mme. de Maintenon vá mañana á encerrarse en Saint Cyr con algunas de sus más fieles, de sus más íntimas amigas. He obtenido para vos el honor de acompañarla... y hasta es posible que ocupeis un asiento en el mismo carruaje... que es el del Rey... Comprendeis?...

DUQUESA. (*Con frialdad.*) Es inútil!.. No iré á Saint Cyr.

DUQUE. Y por qué?

DUQUESA. Rehuso.

DUQUE. Rehusar tal honor!.. es una locura!

DUQUESA. Escuchadme á vuestra vez, señor Duque. El gran favor que gozais con Mme. de Maintenon ha hecho que alcanceis para mí el honor de su intimidad, es decir, la obligacion de acompañarla á todas partes, á la misa al sermon, á la plática, á Saint Cyr; el derecho, en fin, (*Conteniendo un bostezo.*) de compartir todos los placeres del Rey. Lo queriais así... y me he sometido, me he sacrificado... pero la abnegacion tiene sus límites... mi paciencia se ha agotado, y os confieso que me mata el fastidio.

DUQUE. (*Asustado.*) Señora Duquesa!

DUQUESA. Hemos convenido en que seria falsa, hipócrita y devota cuando fuéramos tres; estamos solos, tengo pues el derecho de ser franca. Sois Go-

bernador de Versalles, Duque, Par y Consejero... todo á costa de mi salud, de mi juventud, de mi alegría... qué más quereis?.. Qué nueva ambicion os obliga á vos, guerrero, ilustre, mariscal de Francia, á inclinaros ante un ídolo, á rebajaros, en fin, á fastidiaros y á fastidiarme?...

DUQUE. (*Con dignidad.*) Mis convicciones...

DUQUESA. Las respeto... pero respetad las mias, ó me revelo.

DUQUC. Y qué diré á Madama de Maintenon?

DUQUESA. Decidla que es un gran placer y un alto honor el que se digna dispensarme: decidla que Saint-Cyr con ella seria para mí un paraiso... pero que debo privarme de entrar en él, porque he resuelto pasar estos ocho dias en completo recogimiento, en absoluta soledad.

DUQUE. De veras?

DUQUESA. Algunas jóvenes damas de la córte compartirán conmigo esta especie de Tebaida... Espero que semejante resolucion será de vuestro agrado... y que estos ocho dias podrán aplicarse á cuenta de vuestros años de servicio.

DUQUE. No es mala idea...

DUQUESA. Id pues, y procurad que sepa antes de la noche la respuesta de su Ma... digo de Madame Maintenon.

DUQUE. Con mucho gusto. (*Vase por la derecha. La Duquesa se vuelve y ve á la Presidenta que entra por la izquierda.*)

ESCENA II.

LA PRESIDENTA.—LA DUQUESA.

DUQUESA. Mi querida Presidenta.. cuán poco es dejais ver de vuestras amigas.

PRESID.ª Mi bella Duquesa. (*La besa.*) Debo estar completamente destocada...

DUQUESA. No tal.

PRESID.ª El viento que corre azota de un modo la cara, que...

DUQUESA. ¿Por qué no llevais mascarilla? Todas la usamos...

PRESID.ª Tenia tal prisa... estaba tan preocupada, que la he olvidado.

DUQUESA. Ese olvido es imperdonable eon unos colores como los vuestros... Pensad, Presidenta, que pueden marchitarse...

PRESID.ª Bah! de qué sirve ser linda en los tiempos en que vivimos?

DUQUESA. Teneis razon... de nada.

PRESID.ª (*Mirando en derredor y hablando en voz baja.*) Estamos en el reinado de las viejas.

DUQDESA. Con eso durará menos.

PRESID.ª Ya! pero entre tanto se envejece.

DUQUESA. (*Suspirando.*) Cuánto tiempo perdido! Decidme, Presidenta, hay en París todavia algun amante, alguien que suspire?

PRESID.ª Casi ninguno, Duquesa. Y en Versalles?

DUQUESA. Aquí es fruta prohibida. Nuestros cortesanos no se atreven á arriesgar una mirada...

PRESID.ª Eso será en público... pero en secreto...

DUQUESA. Oh! la hipocresia está de moda... hasta en amor. Pero llegará el dia de la libertad...

PRESID.ª Eso es cabalmente lo que decia ayer el duque de Orleans... Si llego á ser regente... habrá aquí algo terrible.

DUQUESA. Es lógico... los diques son los que traen las inundaciones. (*Se sientan ambas á la derecha.*)

PRESID.ª Háblase en París de un baile para esta noche en Versalles...

DUQUESA. Sí; el del futuro regente. Corre el peligro de ver desiertos sus salones.

PRESID.ª No tal: el príncipe previendo lo que pudiera suceder, ha hecho anunciar esta mañana, segun me ha dicho mi marido, que será un baile de máscaras.

DUQUESA. (*Con alegria.*) Entonccs irá todo el mundo.

PRESID.ª Así lo creo. Ireis vos?

DUQUESA. (*Suspirando.*) No me lo permite mi marido. Y el vuestro?

PRESID.ª Me lo ha prohibido espresamente por temor de que mi presencia en esa fiesta comprometiera su destino. Incurrir en el desagrado de la Main-

tenon es su pesadilla: por eso, Duquesa, no me veis nunca ni en la ópera, ni en un baile, ni en un concierto.

DUQUESA. Y cómo es que os veo en Versalles?

PRESID.ª Mi marido debe presentarme hoy á la Maintenon; he aceptado... primero, por tener el gusto de veros, y despues por oir á la Maupin, á quien todavia no conozco.

DUQUESA. De veras?

PRESID.ª En Paris como aquí no se habla más que de ella. Dicen que ha venido de Madrid, donde se ha hecho célebre, tanto por sus gorjeos, como por su destreza en la espada... Es verdad, Duquesa?

DUQUESA. No sé de ella más que lo que me ha dicho Campra, el empresario. Hace dos años la contrató en Madrid donde tuvo un éxito ruidoso. Corrieron despues rumores de que habia perdido la voz... pero debieron ser falsos, pues que hace seis meses la tenemos en Versalles, siendo la admiracion y las delicias de la Corte. Nunca acentos tan puros y tan suaves han resonado en la capilla de Palacio! Esto por lo que hace á la artista. De la mujer solo puedo deciros que es jóven, amable, tímida y de muy buena conducta segun sus compañeros. La crónica no está muy conforme con este juicio, y aquí empieza la parte dramática. Al terminar los tres primeros meses de su contrata, la Maupin cobró sus cuarenta mil libras y habló de dejar á Versalles, pero Campra hizo valer una de las cláusulas del contrato arreglado por él y el difunto, señor Maupin, marido de la cantatriz, músico de regimiento y borracho, cláusula por la cual la Maupin, caso de que obtuviese buen éxito, se comprometia á cantar otros tres meses en la Capilla y en la Opera.

PRESID.ª Eso es natural.

DUQUESA. La cantatriz, como os digo, se negaba á cumplir su compromiso, y eso que por los tres últimos meses debian darla sesenta mil libras.

PRESID.ª Eso es inconcebible... qué motivo?..

DUQUESA. Un capricho ó cosa parecida. Campra, que debia poner en escena su nueva ópera de *Idomeneo*

se empeñó, y mal que bien, la Maupin tuvo que resignarse á cantar y obtener un nuevo triunfo... un triunfo inaudito... Desde entonces tiene trastornado á todo el mundo. (*Se levanta.*)

PRESID.ª (*Levantándose.*) Y á pesar de eso, creeis que su virtud...

DUQUESA. Yo nada creo. Hay quien dice que es muy coqueta... tanto más temible cuanto que promete mucho y nada concede... receta infalible para producir grandes pasiones.

PRESID.ª Ya me esplico ciertos rumores que corren... Mirad, Duquesa, ó la amistad es una palabra vana, ó entre amigas debe hablarse francamente.

DUQUESA. Qué quereis decir?

PRESID.ª Me han asegurado, por equivocacion sin duda, que vuestro marido el confidente de la Maintenon, está perdidamente enamorado de la Maupin.

DUQUESA. De veras?

PRESID.ª Pero en secreto...

DUQUESA. Ved lo que son las cosas... á mí me han asegurado que el que está enamorado, loco por la Maupin, es Mr. de Noyon, vuestro marido.

PRESID.ª El!..

DUQUESA. Amores de tapadillo... entrevistas secretas...

PRESID.ª Os chanceais, Duquesa?..

DUQUESA. No vayais á creer que han sido estos solos los que se han dejado seducir. Háblase tambien de D'Albret, jóven cuyos rígidos principios le habian hecho insensible hasta ahora á toda belleza...

PRESID.ª Qué lástima!

DUQUESA. Su familia está desesperada, y su tio, que desea obtener el gobierno del Delfinado, temiendo que los amores del sobrino puedan perjudicar á su pretension, me ha encargado que le hable.

PRESID.ª No podia ciertamente hacer mejor eleccion... Ah! Dios mio... me olvidaba que mi marido me espera en la Capilla... Adios, Duquesa... Voy á buscarle...

DUQUESA. Allí volveremos á vernos... Ya sabeis que tengo tribuna reservada... (*Da algunos pasos para*

salir en compañía de la Presidenta que se aleja por la derecha, y vé á D'Albret que entra por la izquierda.) Aquí viene D'Albret... me quedo... á bien que lo mismo es predicar que rezar.

ESCENA III.

LA DUQUESA.—D'ALBRET.

DUQUESA. Pensativo estais, D'Albret.

D'ALB. (*Como sorprendido.*) Ah! señora Duquesa... sabia que os encontraria aquí... y venia...

DUQUESA. Bien despacio por cierto...

D'ALB. Madame de Maintenon... de quien me separo en este instante... y á quien vuestro esposo ha dado á conocer el proyecto que habeis formado para los primeros ocho dias de la cuaresma, me ha encargado os diga que merece su aprobacion.

DUQUESA. Me felicito de que Madame de Maintenon os haya escogido por mensagero, pues que así me proporciona ocasion para daros un buen consejo.

D'ALB. Cuál, señora?..

DUQUESA. Se os vigila... se os espía... Y cierta pasio n que vos creeis oculta...

D'ALB. Señora...

DUQUESA. Ya estais confuso, turbado...

D'ALB. Cómo no estarlo?... Cómo hablar de semejantes cosas con una persona tan severa... tan virtuosa... tan...

DUQUESA. Decid tan respetable... y basta ya de adjetivos...

D'ALB. Como gusteis.

DUQUESA. Si una casualidad descubriese á la córte ese afecto... naciente hoy, comprometeríais indudablemente vuestro porvenir.

D'ALB. Qué me importa!...

DUQUESA. Honor, fortuna, ambicion, todo lo sacrificaríais?...

D'ALB. Por ser amado... y no lo soy.

DUQUESA. Lo que me decís es fabuloso... Amais...

D'ALB. No: la detesto... la maldigo... Me avergüenzo yo mismo... Quiero huir de ella... olvidarla y no puedo.

DUQUESA. Bien... muy bien...

D'ALB. Qué decís?

DUQUESA. Mal empleais vuestro amor... un amor que pudiera aspirar á otra cosa, dándolo á una mujer como esa... pero al fin la amais... El amor es en el dia cosa tan rara, que donde quiera que se le encuentra debe protegérsele... alentarle... Vamos... decídmelo todo,.. cómo ha nacido ese amor?

D'ALB. Qué sé yo... Volvia de una mision en España, cuando ví y oí por primera vez á la Maupin en la ópera. Habia oido hablar de ella en Madrid, como de una mujer escéntrica... su retrato no se parecia en nada á la que tenia ante mis ojos... Cuando no sin trabajo pude verla... su talento, sus maneras, su conversacion, me encantaron... Hay en ella un tacto, una conveniencia, un perfume tal de modestia y de honradez, que obligan á cambiar el amor y la admiracion en respeto...

DUQUESA. Adelante.

D'ALB. Aunque rica, viste con muy poco lujo: vive en una habitacion modesta, tiene siempre á su lado una doncella, y su conducta, que en España me dijeron era un tanto ligera, es aquí severa, inesplicable...

DUQUESA. Y escepcional... Habrá creido necesario rendir este tributo á Versalles... ó más bien á vos, señor Conde.

D'ALB. Sí... teneis razon... es para engañarme... para burlarse de mí, porque... os lo diré francamente... ha habido momentos en que he creido que adivinaba mi amor... que no era insensible á él... luego huia de mí... evitaba verme... se negaba á recibirme... En fin, cansado de tal incertidumbre... me atreví á escribirla... á declararme...

DUQUESA. Y qué?

D'ALB. Desde ese dia su puerta está cerrada para mí

no he vuelto á verla. Sabina, su doncella, á quien he encontrado algunas veces, me ha dicho, (porque se interesa por mí,) « Ah señor conde, qué habeis hecho... Mi señora está enferma»... En efecto... han pasado algunos dias sin cantar... Por fin ayer ví á Sabina...

DUQUESA. Dónde?

D'ALB. Paso mi vida bajo sus ventanas.

DUQUESA. Continuad.

D'ALB. Sabina, me dijo «Mañana á las dos, al salir del ensayo iremos á pasear al invernadero...» Son las doce... Concebis lo que me pasa?.. Desde ayer espero, y me muero de temor, de ansiedad y de impaciencia.

DUQUESA. Pobre D'Albret!... No tomeis las cosas tan por lo serio, ni tan por lo trágico como lo haceis. Las grandes pasiones... son una novela... absurda, despues de haberla leido, y mucho más cuando no se ha leido á solas.

D'ALB. Qué decís?

DUQUESA. Lo que vais á oir no os lo digo para irritaros, sino por el contrario para calmar vuestro amor... Me han asegurado que teneis por rival al presidente Noyon.

D'ALB. Bah!

DUQUESA. Y además el duque de Navailles.

D'ALB. Vuestro marido!.. imposible.

DUQUESA. Haced lo que yo... no os apureis. En cuanto á vuestro tio, no es tan severo, ó tan ridículo como lo suponeis. Con tal que no hagais público vuestro amor, no debeis temer su enojo... Preciso será para esto que ni paseis vuestra vida bajo las ventanas de la Maupin, ni paseeis por el invernadero dos horas esperándola...

D'ALB. Cuán buena sois!..

DUQUESA. Para ocuparos hasta las dos, vais á hacerme un favor.

D'ALB. Hablad...

DUQUESA. El regimiento de dragones de Berri ha llegado de Flandes hace ocho dias, y está actualmente en Versalles?

D'ALB. Sí, señora.

DUQUESA. En ese regimiento hay un oficial que me ha

prestado generosamente un servicio... es una historia larga de contar. He sabido ayer que por el servicio que me ha prestado, le han impuesto un arresto de ocho ó diez dias, del cual ha sufrido una parte ya. El coronel es inflexible, pero el secretario de la Guerra me ha prometido ponerle hoy en libertad. Ved si me ha cumplido su palabra. Aquí teneis el nombre del oficial. (*Le entrega un papel.*)

D'ALB. (*Leyendo.*) D'Aubigné!..

DUQUESA. Le conoceis?

D'ALB. He conocido uno, pariente lejano de Madame de Maintenon, que está desde hace seis meses en el seminario de Pau... y debe al fin del año tomar las órdenes.

DUQUESA. Este es dragon... y un apuesto caballero... Como voy á pasar ocho dias de penitencia, podeis invitarle en mi nombre para cuando vuelva al mundo.

D'ALB. Tendré un placer en cumplir vuestro encargo.

ESCENA IV.

Dichos.—LA PRESIDENTA.

DUQUESA. En recompensa, os presentaré á una bella dama, la Presidenta de Noyon, íntima amiga mia. (*A la Presidenta.*) El Sr. Conde D'Albret... que tiene la bondad de hacerme algunos encargos... (*A D'Albret sonriendo.*) No lo olvideis... regimiento de Berri.

D'ALB. (*Saluda y se dirige hácia la izquierda por el fondo.*) Regimiento de dragones...

PRESID.ª (*Con viveza.*) Ah!.. los dragones de Berri están en Versalles?..

DUQUESA. Qué?.. conoceis algun dragon?

PRESID.ª No... Vengo de oir á la Maupin... Es divina... es deliciosa...

D'ALB. (*Volviendo de pronto.*) No es verdad que sí?.. No hay nada con que compararla...

DUQUESA. Qué es lo que haceis?.. (*A D'Albret.*) Presiden-

ta, vais á hablarle de música?.. (*A D'Albret.*) Y mi prisionero?

D'ALB. Teneis razon. (*A media voz.*) Es muy linda y muy amable la Presidenta... Se conoce... que tiene gusto... Voy á cumplir vuestras órdenes. (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA V.

LA DUQUESA.—LA PRESIDENTA.

DUQUESA. Con que habeis oido á la Maupin?

PRESID.ª Y de paso he observado á mi marido... Teníais razon... Su emocion le ha vendido... se ha puesto verde, encarnado, amarillo... decididamente Mr. de Noyon está enamorado.

DUQUESA. Y estais celosa?..

PRESID.ª Estoy furiosa... pero no por eso.

DUQUESA. Por qué, pues?

PRESID.ª En parte vos teneis la culpa.

DUQUESA. Yo!..

PRESID.ª Mi marido, al salir de la capilla me ha presentado á Madame de Maintenon, á tiempo que esta se deshacia elogiándoos, porque vais á retiraros ocho dias de la sociedad. Mi marido, al oirlo, «lo mismo piensa hacer mi esposa, dijo á la Marquesa, y aun por quince dias si no me engaño.»

DUQUESA. (*Riendo.*) Donosa ocurrencia!

PRESID.ª No lo tomeis á risa... porque al salir añadió: «Que querais ó no, es preciso... ya está dicho.» Ya veis que el asunto es más serio de lo que parece.

DUQUESA. Pobre Presidenta!..

PRESID.ª Esto es horrible... voy á dar algun escándalo que le pierda á el y á mí... á los dos... oh!.. lo que es yo no me encierro ni por ocho dias ni por uno siquiera.

DUQUESA. (*Sonriendo.*) Sí tal; os encerrareis... y os parecerán alegres y divertidos, y hasta breves esos ocho dias...

PRESID.ª Os juro que no.

DUQUESA. No jureis en vano. Sabeis guardar un secreto?

PRESID.ª Pues no?..

DUQUESA. Y tendreis valor para entrar en una conspiracion?..

PRESID.ª Si es mi sueño dorado!

DUQUESA. A pesar de nuestros maridos?..

PRESID.ª Razon de más... Cuál es el objeto del complot?

DUQUESA. Cambiar una semana de prision en una semana de libertad.

PRESID.ª Cómo es eso?

DUQUESA. Todos los oficios, empleos y carreras tienen sus vacaciones. Por qué no ha de tenerlas tambien el de mogigata?

PRESID.ª Cierto que sí.

DUQUESA. Varias amigas y yo hemos convenido, bajo juramento, continuar el carnaval durante toda la primera semana de la cuaresma. Como en Versalles podria descubrirse nuestro proyecto, hemos elegido un antiguo castillo de mi esposo... el de Navailles, á dos leguas de aqui, y al cual nunca acostumbra ir. Alli libres de todo lazo, nos entregaremos por completo al placer... comeremos, bailaremos, haremos comedias..... mujeres solas se entiende. Aceptais?

PRESID.ª Aceptado. (*Despues de una pausa.*) No se podrá llevar un pariente... un primo...

DUQUESA. Está prohibido... Silencio con todo el mundo... que nadie sospeche y en particular nuestros maridos...

PRESID.ª Descuidad... Aquí viene el mio!..

ESCENA VI.

Dichas.—EL PRESIDENTE, *entra por la izquierda.*

PRESID. (*Saludando á la Duquesa y dirigiéndose á su mujer.*) Habeis reflexionado sobre las consecuencias que puede tener vuestra negativa?

PRESID.ª Dad las gracias á esta amiga que ha modificado mis ideas, y me ha hecho considerar bajo distinto punto de vista la austeridad que exigis de mí.

PRESID. Os reconozco en vuestra obra, señora Duquesa.
DUQUESA. No os inquieteis por vuestra esposa, me la llevo...
PRESID. Es más de lo que yo podia esperar.
DUQUESA. A condicion de que nuestro retiro no será turbado por ningun profano... ni aun por vos...
PRESID. Dios me libre de semejante idea.
DUQUESA. (*A la Presidenta.*) Vamos, amiga mia, valor!... despedíos de vuestro esposo.
PRESID. Madame de Maintenon quedará encantada... (Y yo tambien.)
DUQUESA. (Y nosotras.) Adios, Presidente.
PRESID.ª Adios. (*Vánse las dos juntas por la izquierda.*)

ESCENA VII.

EL PRESIDENTE *solo.*

Todo sale á las mil maravillas... mi mujer ausente por ocho dias... un vigilante menos... pero hay tantos otros... tantas miradas enemigas fijas en mí... Agradar á mi edad, es algo difícil... agradar sin que lo parezca, es mucho más difícil todavia... Afortunadamente he sabido por mis espías que la Maupin vendrá hoy, á las dos, á pasear en estos sitios... Esperaré... Quién viene? El duque de Navailles... ese bruscote de Gobernador á quien detesto... Acaso pasará... Esperemos...

ESCENA VIII.

EL DUQUE.—EL PRESIDENTE.

DUQUE. Campra, que es un hablador, me ha dicho que á las dos venia aqui la Maupin... No debe tardar... Ah!.. el Presidente... un vejestorio que me es antipático... (*Saludando afablemente.*) Mr. de Noyon!..
PRESID. Tengo el honor de presentaros mis respetos.
DUQUE. Bésoos las manos, señor Presidente.

PRESID. Parece que ahora nos hacemos la guerra.

DUQUE. Oh! el parlamento y los pares se la hacen siempre.

PRESID. En el parlamento, tal vez, pero fuera de allí...

DUQUE. Cada cual defiende sus derechos, y estima á su adversario.

PRESID. Se cumple con la obligacion... pero se aprecia á los amigos.

DUQUE. No quiero abusar más de vuestra paciencia.

PRESID. Ni yo quiero molestaros más tampoco.

DUQUE. Adios, señor Presidente.

PRESID. Hasta la vista, señor Duque. (*Se saludan, atraviesan el teatro en sentido opuesto y continuan paseando.*)

DUQUE. Cáspita! no se vá...

PRESID. Continua el paseo...

DUQUE. (*Sentándose.*) Preciso será que se vaya, porque lo que es yo no abandono el campo.

PRESID. (*Sentándose.*) Pues si espera que yo me vaya, larga la lleva. (*Se oyen dar las dos en el fondo.*)

DUQUE. Las dos.

PRESID. Alguien viene.

DUQUE. Ella es...

PRESID. No: el conde D'Albret.

ESCENA IX.

EL PRESIDENTE, *sentado á la izquierda.*—D'ALBRET, *que entra por la derecha.*—EL DUQUE, *sentado en el mismo lado.*

D'ALB. Gente aquí!.. Quién será?., El Duque!.. (*Se adelanta rápidamente, vé al Presidente y al Duque á quienes saluda con respeto; estos se levantan, le devuelven el saludo y se sientan de nuevo.*

DUQUE. (Malditos sean los paseantes!)

D'ALB. (El Presidente!..)

PRESID. (Al diablo los jóvenes desocupados.)

D'ALB. (*Mirando al Duque y al Presidente.*) Los dos sentados!.. aquí!.. á esta hora!.. Qué significa esto?.. (*Cogiendo una silla.*) Tendrá razon

Mme. de Navailles? Veamos. (*Se sienta en el centro.*)

PRESID. (Tambien él!..)

DUQUE. (Un tercero en discordia!)

D'ALB. (Decididamente les incomodo!.. esperan á alguien...)

PRESID. Señor Duque... vais esta noche al baile de la princesa palatina?

DUQUE. Mis opiniones sobre los bailes me lo impiden.

PRESID. Las mias me lo prohiben espresamente. Y el señor Conde?

D'ALB. Más feliz que vos, señores, mis principios me permiten bailar. El baile segun dicen estará brillante, y añádese que la Maupin... (*Los dos se turban.*) ha sido convidada.

DUQUE. De veras?

PRESID. Lo creis?...

D'ALB. Es natural, siendo el Príncipe decidido protector de las artes y del talento. Espero, si la Maupin tiene á bien aceptarme por su caballero, bailar con ella...

DUQUE. Vos, señor Conde?

D'ALB. Galantearla...

PRESID. (*Con gravedad.*) En vuestra posicion cometereis obrando así, una falta... una gran falta...

D'ALB. Es una falta seguir vuestras huellas, señor Presidente?

PRESID. (*Turbado.*) Qué estais diciendo?... (*Se levantan los tres.*)

D'ALB. (*Al Duque.*) Que Mr. de Noyon, á pesar de su gravedad oficial, está enamorado de la Maupin, y viene aquí á esperarla.

PRESID. Yo!...

DUQUE. Vos, señor Presidente!.. será verdad!.. En efecto... cuanto más pienso...

PRESID. No lo creais... no lo creais...

DUQUE. Ese amor me parece tanto menos imposible...

D'ALB. (*En tono burlon.*) Cuanto que el señor Duque lo esperimenta tambien...

DUQUE. (*Turbado.*) Yo!..

PRESID. Vos, señor Duque... Por eso, sin duda, desde hace una hora...

DUQUE. Podeis suponer...

D'Alb. Vamos, señores... á qué finjir más tiempo? Soy un hombre honrado y no haré traicion á vuestro secreto. Además que es tambien el mio. Enamorado de una coqueta que se complace en atraer y rechazar los homenages de todos, que solo da esperanza para mejor desesperarnos, ignoro cuál de los tres es el favorecido ó el engañado. Los tres tal vez... Pues bien: sin miedo, sin escándalo, sin quejarnos, sepamos á qué atenernos, y digámonos francamente la verdad.

Presid. El señor Conde tiene razon... el medio me parece bueno.

Duque. Y leal.

D'Alb. Declaro, el primero, á fé de noble, que juguete de su coqueteria, nada he obtenido.

Presid. Yo solo puedo deciros que presentado á la Maupin, ésta me manifestó se interesaba por una de las partes de un pleito importantísimo que el tribunal que presido estaba encargado de fallar, y en el cual se cruzaban nada menos que cincuenta mil libras de renta. Yo que soy naturalmente inclinado á proteger las artes y los artistas... hablé á mis colegas, y como el pleito era justo y la persona que me recomendaba tenia de su parte la razon, no hubo dificultad ninguna en satisfacer los deseos de la Maupin. Ayer se falló... y hoy si no se me ha engañado...

Duque. Mi historia sobre poco más ó menos es la misma. La Maupin me pidió una compañía y un despacho de capitan para un hidalgo de buena casa. Me suplicó que lo enviase al ejército de Flandes...hícelo así... se ha batido bien... ha sido herido... En cambio de mi proteccion, se me prometió formalmente... Mas, silencio... ella viene...

ESCENA X.

Dichos.—BEATRIZ.

Entra por la derecha cubierto el rostro con una mascarilla de terciopelo que se quita al entrar. Los tres la saludan friamente, y Beatriz les contesta con una profunda reverencia.

BEATRIZ. Señor Duque, señores... no esperaba encontraros aquí reunidos...

PRESID. (*Irónicamente.*) A tres amigos...

DUQUE. (*Lo mismo.*) Tres adoradores rendidos... y hace poco, señorita, que á riesgo de cometer una indiscrecion, confesaba á estos señores habia tenido la dicha de poder prestaros un importante servicio.

PRESID. (*Id.*) Yo tambien me vanagloriaba de otro tanto.

BEATRIZ. Es cierto: os he recomendado, señor Presidente, una causa que era justa, y la habeis hecho triunfar. (*Al Duque.*) Os he suplicado, señor Duque, que concediérais á un hidalgo el derecho de hacerse matar al frente de una compañia, un hidalgo que merecia por su nacimiento esta honra, y que lo ha justificado con su valor... Nunca olvidaré tan generoso servicio, y á entrambos señores os doy las gracias por vosotros mismos y por mí.

PRESID. Ya... pero Sabina... vuestra doncella...

DUQUE. O mas bien vuestra amiga...

BEATRIZ. (*Con altivez.*) Sabina, señores, no ha sido autorizada por mí...

PRESID. (*Colérico.*) A mí me dijo, son sus palabras: «Podeis estar seguro de la gratitud de mi señora, si Madame D'Aubigné gana su pleito.»

D'ALB. (*Sorprendido.*) D'Aubigné!

PRESID. El nombre de su protegido.

DUQUE. «Podeis esperarlo todo de mi ama, me dijo Sabina, si alcanzais una compañia para Mr. D'Aubigné.»

D'ALB. (*Lo mismo que antes.*) D'Aubigné!

DUQUE. Es el nombre del hidalgo.

D'ALB. (*Colérico.*) Y dudais?.. Y podeis dudar todavia?.. Pero el que ella prefiere... aquel por quien os ha burlado... en una palabra, al que ella ama... es á ese D'Aubigné.

BEATRIZ. (*Conmovida adelanta un paso. El Presidente se acerca al Duque.*) Muy ligero sois, señor D'Albret, para juzgar y condenar á las personas. Mr. D'Aubigné, no solo no ama á la señora Maupin, sino que no la conoce. No es tampoco amado de ella... Si lo prefiriese como decis, no le hubiera mandado á pelear á Flandes... le hubiera hecho venir á Versalles.

D'ALB. (*Con cólera.*) Aquí está.

BEATRIZ. (Cielos!)

PRESID. (*Al Duque.*) Ved su turbacion.

D'ALB. Está aquí hace ocho dias.

BEATRIZ. (*Turbada.*) Lo ignoraba... os lo juro... no le he visto.

D'ALB. Lo creo.... está arrestado hace ocho dias... y aun todavia debiera estarlo, si gracias á una fatalidad que nos hace á todos emplearnos en su servicio, no hubiera ido yo mismo hace poco á mandar que le pusiesen en libertad.

BEATRIZ. (*Completamente trastornada.*) Oh!.. si me viese... huyamos... (*Se detiene.*) El!...

ESCENA XI.

ENRIQUE, *con el uniforme de los dragones por la izquierda.*—D'ALBRET.—BEATRIZ.—EL PRESIDENTE.—EL DUQUE.

D'ALB. (*Viendo á Enrique.*) Qué veo!... (*Yendo hácia él.*) Vos, Enrique, á quien dejé en el Bearne... Vos con ese uniforme!..

ENRIQUE. Yo mismo! (*Ambos se sientan y hablan en voz baja. Beatriz en tanto, que está á la derecha entre el Presidente y el Duque, se cubre el rostro con la mascarilla.*)

DUQUE. (*A Beatriz.*) Por qué ocultais el rostro?.. Esta es la ocasion de decidiros francamente.

PRESID. Es verdad.

Beatriz. (*Conmovida.*) Es lo que pienso hacer. (*Se acerca á Enrique que la mira admirado.*) Mr. D'Aubigné!... (*Enrique se levanta.*) (*Bajo.*) Tengo que hablaros... Esta noche... en mi casa... á las siete... por la puerta del parque. (*Enrique, asombrado, quiere preguntarla; ella le hace señas de que calle con la mano; y da algunos pasos para salir cuando la paran el Duque y el Presidente cada uno por su lado.*)

Duque. (*A media voz.*) No quedará esto así.

Presid. Me vengaré... tengo medios! (*Ambos se van por la izquierda. Beatriz sale por la derecha. D'Albret y Enrique quedan solos.*)

ESCENA XII.

D'Albret.—Enrique. *Se miran en silencio.*

Enrique. (*Con naturalidad.*) Quién es esa dama?

D'Alb. (*Admirado.*) No la conoces?

Enrique. No. Me ha citado para esta noche en su casa, á las siete...

D'Alb. (Pérfida!) Con que no la conoces?

Enrique. Te lo juro.

D'Alb. (*Admirado.*) (Lo mismo que ella dice.) Pues bien, es á la vez un ángel y un demonio... es la belleza... la astucia... la falsedad en persona... Es... la Maupin.

Enrique. Ah!... la cantante de moda... y de quien al parecer estais enamorado?..

D Alb. Loco por ella...

Enrique. Yo rival de un amigo!.. Dios me libre... Debe ser una equivocacion... Se habrá engañado... y aun cuando no fuera así... descuidad.

D'Alb. (*Alegremente.*) Es posible... renunciais...

Enrique. A ella... á su cita... á todo... Estoy enamorado... de una mujer... de dos acaso...

D'Alb. Qué decis?...

Enrique. Cuanto soñé de Versalles y de sus maravillas se ha realizado... si no hubiera sido por ese maldito arresto...

D'Alb. A que ella ha puesto fin...

ENRIQUE. (*Admirado.*) Ella!.. y quién es ella?.. la...

D'ALB. No: la Duquesa de Navailles.

ENRIQUE. (*Abrazándole.*) Adios, amigo mio, corro á su palacio.

D'ALB. (Y yo á las siete á casa de la Maupin.) (*Vanse. Enrique por la izquierda, D'Albret por la derecha.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un pequeño salon: puerta al fondo: á la derecha chimenea y dos puertas; á la izquierda otras dos puertas y una ventana. A la derecha, casi en el centro una mesa y recado de escribir. Sobre un canapé, á la izquierda, un dominó negro con cintas azules.

ESCENA PRIMERA.

SABINA, *sentada junto á la mesa escribiendo.*—HUBERTO, *abriendo la primera puerta de la derecha.*

SABINA. Quién vá?

HUBERT. Servidor...

SABINA. Qué trae por acá al buen Huberto?

HUBERT. Voy á dar una vuelta por el bosque para cumplir con mi oficio de guarda, y he subido por si teníais que hacerme algun encargo...

SABINA. Llegais á tiempo...

HUBERT. Me alegro... y sabeis que tanto yo como mi caballo estamos siempre á vuestra disposicion.

SABINA. (*Escribiendo.*) Podeis esperar un momento?

HUBERT. Aunque sean dos... (*Mientras que Sabina escribe.*) Y la señorita sigue contenta con la casa?

SABINA. Contentísima.

HUBERT. Ya lo creo... es muy cómoda... y luego tan bien situada... cerca de todas partes... (*Señalando la puerta de la derecha.*) Por aquí da al Parque... (*Señalando al fondo.*) Por allí á la

calle... A un lado el teatro donde á la señorita la aplauden tanto!.. (*A Sabina.*) A propósito... sabeis si la señorita renueva la contrata que ha terminado... y el plazo de la casa que tambien ha concluido?

SABINA. (*Sentándose.*) Para eso escribo al señor Campra, y espero que me hagais el favor de llevarle esta carta. (*Se la dá.*)

HUBERT. (*Leyendo el sobre.*) «Al señor Campra, en su casa de campo de Buttard...» Un cuarto de legua... Mi caballo y yo estamos á vuestra disposicion.

SABINA. Gracias, señor Huberto. (*Vase.*) Este, á no dudarlo, está enamorado de mí... Oh! Sabina Maupin!.. antigua cantante del teatro de Madrid... qué diferencia entre tus conquistas de entonces y las de ahora... (*Mirándose en el espejo.*) Y sin embargo... soy la misma... La estátua no ha variado... lo que la falta es el pedestal. (*Mirando al fondo.*) Ah!.. Beatriz!..

ESCENA II.

BEATRIZ, *entra apresurada con la máscara en la mano.*— SABINA, *dirigiéndose hácia ella.*

SABINA. Dios mio!.. qué teneis?

BEATRIZ. Ah! mi buena Sabina!.. Todo se ha perdido... todo se conjura contra nosotras!.. (*Se sienta en el canapé.*)

SABINA. Qué pasa?.. Vamos, serenáos... Referidme vuestras desgracias.

BEATRIZ. Mi hermano... el conde D'Aubigné está en Versalles.

SABINA. Os han engañado!

BEATRIZ. Le he visto... dentro de una hora estará aquí.

SABINA. Y qué?

BEATRIZ. Su llegada trastorna todos mis proyectos... Yo pensaba volver al Bearne, sepultarme para siempre en nuestro castillo, sin que Enrique se apercibiera de lo que por él habiamos hecho...

SABINA. Y qué mal hay en que sepa que su libertad, su

fortuna, su gloria, las debe al talento y al cariño de su hermana?.. El se sacrificó por vos, y vos os habeis sacrificado por él... Nada puede decir... puesto que él mismo os dió el ejemplo.

BEATRIZ. En su posicion de hoy... el descubrimiento de este secreto es para él la vergüenza... el deshonor...

SABINA. Y quién ha de decirlo?... Solo los tres lo sabremos...

BEATRIZ. Y si Campra me tendiese un nuevo lazo...

SABINA. Descuidad... La segunda contrata suscrita por mí y ejecutada por vos... ha terminado hace ocho dias... Sois libre... podeis marchar mañana mismo, si se os antoja á Alemania... á Suecia... á la Laponia... Asi acabo de escribirlo ahora mismo á Campra...

BEATRIZ. Y el Duque... y el Presidente... qué mal has hecho, sin advertirme... en escuchar...

SABINA. (*Se levantan.*) Palabras de córte... único gasto que no arruina á nadie...

BEATRIZ. Me han prometido vengarse...

SABINA. No temais... podeis más que ellos... Vos no sabeis lo que vale la influencia y el crédito de una cantatriz aplaudida... Si algun pesar me queda de mis buenos tiempos... es el de no haber sabido abusar como debia de mi poder absoluto... Pero en fin... quizás no está muy lejos el dia en que vuelva á recobrarlo...

BEATRIZ. Qué dices?

SABINA. Que esta mañana hice por pasatiempo... algunas fermatas... algunas cadencias, y...

BEATRIZ. Y bien...

SABINA. No he quedado descontenta... espero recobrar la voz...

BEATRIZ. (*Con alegria.*) De veras?

SABINA. (*En tono amenazador.*) Que tiemblen... quiero... (*Sonriendo.*) Pero no se trata de mí, sino de vos... de la reina actual...

BEATRIZ. Reina que solo desea abdicar en tí su poder y su corona...

SABINA. Lo sé... lo sé... Al fin os veo ya tranquila y consolada...

BEATRIZ. Ay!... no.

SABINA. Otro pesar!... Hablad, por Dios!

BEATRIZ. Quisiera... pero...

SABINA. No os atreveis?... lo adivino... El Conde D'Albret...

BEATRIZ. Calla!..

SABINA. Ay mi pobre señora!... Ese es el único peligro de que no he podido libraros... Oh! sí... lo he conocido... le amais!.. os ama tanto!..

BEATRIZ. Di más bien que me odia!...

SABINA. Delirais.

BEATRIZ. Y cómo no ha de odíarme?.. Cómo desengañarle?.. Preciso será que me desprecie... Oh! no puedo soportar esta idea... me mata...

SABINA. Tranquilizaos. Os ama, á pesar de todas las razones que tiene para detestaros... Quizás esta sea la principal causa de su amor...

BEATRIZ. Creeis?... Silencio... me parece oir pasos... No... me engañaba... Las siete no han dado todavia.

SABINA. Vuestro hermano debe venir por la puerta del parque?

BEATRIZ. Sí.

SABINA. A ver á su hermana?

BEATRIZ. No, á la Maupin que lo ha citado: esto era lo más prudente.

SABINA. Quién sabe!... Y si no viniese?.. Si olvidara la cita?...

BEATRIZ. Por qué ha de olvidarla?...

SABINA. Por otra anterior... no seria el primer caso... lo cual no sucederia ciertamente si hubiera sido su hermana.

BEATRIZ. Tienes razon... y cómo avisarle...

SABINA. (*Cogiendo un manto.*) Yo misma iré... Dónde vive?...

BEATRIZ. Lo ignoro.

SABINA. Preguntaré... ó haré que lo pregunten... Descuidad, que al hacerlo no comprometeré ni á la Maupin ni á su doncella.

BEATRIZ. Y qué haré hasta que vuelva?

SABINA. Probaros el traje para el baile de máscaras de esta noche...

BEATRIZ. No pienso ir.

SABINA. Y la princesa que os ha convidado... y la promesa que le habeis hecho...

BEATRIZ. Ya veremos... vete y vuelve pronto. (*Vase Sabina por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

EL PRESIDENTE.—BEATRIZ.

PRESID. (*Dentro á la puerta del fondo.*) No, no, prefiero anunciarme yo mismo.

BEATRIZ. Señor Presidente...

PRESID. Chist! vengo de incógnito.

BEATRIZ. Vos en mi casa!.. (*Le indica que se siente junto á la mesa.*)

PRESID. (*Sentándose y con voz grave.*) Señorita, he enriquecido por recomendacion vuestra, por complaceros, á un rival preferido... Con una sentencia legal he asegurado al conde D'Aubigné sesenta mil libras de renta... No hablemos más de esto... Vos en cambio os habeis burlado de mí...

BEATRIZ. Caballero!...

PRESID. Podia y debia vengarme... vengo sin embargo á haceros un nuevo favor.

BEATRIZ. A mí?

PRESID. A vos; y os lo probaré. Habeis sido casada?

BEATRIZ. (*Con acento indignado.*) Yo!... nunca.

PRESID. Lo habeis sido y lo estais todavia con un tal Juan de Dios Maupin.

BEATRIZ. Cielos!

PRESID. Ex-músico en uno de los regimientos del mariscal Vendôme, en España.

BEATRIZ. (Es verdad.) Y aun cuando así fuera....

PRESID. Permitid que acabe. En 5 de Octubre último, el dicho Maupin presentó demanda de nulidad de matrimonio, fundándose en que el tal enlace, contraido en el estrangero, no ha sido ratificado, bien en Madrid, bien en Francia, con ninguna de las condiciones que es menester llenar para su validez.

BEATRIZ. (*Impaciente.*) Y bien?

PRESID. Una palabra, y concluyo. La susodicha solicitud ha dormido durante este tiempo, é ignoro por

qué el tal Maupin no ha dado paso alguno para activar su despacho.

BEATRIZ. Porque ha muerto, caballero.

PRESID. He ahi precisamente vuestro error. Vive.

BEATRIZ. *(Asustada.)* Oh!... es imposible.

PRESID. Lo mismo dicen todas las que se creen viudas cuando resucitan sus maridos. Escuchad... Ayer en Paris se me presentó mi hombre, medio ébrio, diciendo llamarse Juan de Dios Maupin, el cual venia á retirar la solicitud de nulidad de matrimonio que tenia presentada... El por qué, vais á saberlo. Llegado hace algunos dias á París, ha oido decir en la taberna en que se hospeda, que la misma Maupin su legítima esposa, que habia pretendido falsa y maliciosamente haber perdido la voz, gozaba en la actualidad en Versalles, de sesenta mil libras de sueldo, cuyo manejo reclamaba, pidiendo antes que nada, que se le constituyese en el domicilio conyugal.

BEATRIZ. (Cielos!) *(Se levantan.)*

PRESID. Yo no puedo menos de atender esta peticion, interin no se declare la nulidad del matrimonio.

BEATRIZ. Y vos podeis hacer eso de una plumada.

PRESID. No digo que no... ciertamente...

BEATRIZ. Ah!.. os lo suplico... os ruego...

PRESID. Vos debeis reflexionar... consultar...

BEATRIZ. Oh!... si preguntase... se lo diré á Sabina... ella, mejor que yo, podia hablar con vos de este asunto.

PRESID. No tal... no tal... No mezclemos en esto á Sabina... que me hastía con sus promesas desmentidas por vos, y en las cuales he cometido la tontería de creer... No puede hacerse justicia al fiado... Los momentos son preciosos.. porque el tal Maupin... puede llegar á Versalles cuando menos se piense...

BEATRIZ. Que decis!..

PRESID. Y entrarse aquí como en su casa... derecho tiene para ello...

BEATRIZ. Dios mio...

PRESID. Por eso convendría que esta misma noche..,

aquí... nos pusiéramos de acuerdo... sobre el sistema de defensa... Yo mismo redactaré un escrito. Vos no tendreis más que firmarlo... esta noche... á eso de las once... Os parece?..

BEATRIZ. Pero caballero...

PRESID. Llaman...

BEATRIZ. (Mi hermano!)

PRESID. Han llamado...

BEATRIZ. Creeis?..

PRESID. Estoy seguro. (*Se dirige á la puerta.*) Quién será...

BEATRIZ. (*Deteniéndole.*) Perdonad...

PRESID. Comprendo... algun importuno... Volveré... Hasta luego... A las once, no es verdad?.. (*Tendiéndola la mano.*) Adios, señorita. (*Váse por el fondo.*)

BEATRIZ. (*Siguiéndola.*) No puedo... no debo... Y mi hermano que espera... (*Se dirige rápidamente á la puerta de la derecha que se abre.*)

ESCENA IV.

D'ALBRET: *entra bruscamente embozado en una capa y cubierto con un sombrero de anchas alas, que deja sobre el canapé.*—BEATRIZ.

BEATRIZ. (*Dirigiéndose á él para abrazarle.*) Ah! eres tú!.. Al fin te vuelvo á ver... (*Retrocediendo.*) Cielos! D'Albret!..

D'ALB. El mismo... á quien sin duda no esperábais!..

BEATRIZ. No... cierto... Cómo venís aqui á estas horas... con qué derecho?..

D'ALB. Con el que me dan mi amor y mis celos.

BEATRIZ. Calmaos!..

D'ALB. Mientras os he creido indiferente, insensible lo mismo para mí que para los demas... lo he sufrido todo y he callado. Tenia un consuelo que era casi una felicidad... el de amaros, el de miraros sin vergüenza...

BEATRIZ. Y ahora, caballero?

D'ALB. Ah!.. os amo siempre... y esto me indigna. Devolvedme mis ilusiones y mi error... decidme

que no amais á D'Aubigné, probádmelo, engañadme, y os bendeciré.

BEATRIZ. No os engañaré. No soy culpable... nada hay que pueda echárseme en cara... os lo juro... Pruebas!.. no puedo... no debo dároslas... solo tengo que deciros... Salid no me volvais á ver... no me ameis... pero no me despreceis... porque no lo merezco...

D'ALB. Oh!.. cuando os veo... cuando os oigo... locreo todo.

BEATRIZ. Pero cuando estais lejos de mí...

D'ALB. Pues bien... no nos separemos...

BEATRIZ. Qué locura!..

D'ALB. Fortuna, honor, porvenir... todo lo abandono por vos... todo... hasta mi familia... hasta mi patria... Huyamos... á un pais estranjero... y allí, como vos, desconocido ocultaré mi felicidad... mi vergüenza tal vez... pero dichoso con el presente, el pasado se borrará de mi memoria... viviré para vos... para amaros...

BEATRIZ. *(Conmovida.)* En vano trataria de ocultaros la emocion que me causan vuestras palabras... Por mí, tan grande, tan generoso sacrificio... No puedo aceptarlo por desgracia... Pero os daré una prueba de gratitud confesándoos lo que habia jurado no revelar jamás. Hay una persona á quien amo... á quien profeso verdadero amor...

D'ALB. (Cielos!)

BEATRIZ. La sola á quien he amado... á quien amaré siempre...

D'ALB. (*Con ansiedad.*) Y esa persona... se...

BEATRIZ. (*Cayendo en una silla junto á la mesa.*) Esa persona... sois vos.

D'ALB. (*Lanzando un grito de alegría y cayendo á sus piés.*) Qué oigo?.. Yo... yo solo...

BEATRIZ. Me creereis ahora?..

D'ALB. Siempre... siempre..... suceda lo que quiera.....

BEATRIZ. Ahora... marchad... (*Llaman á la puerta de la derecha.*) (Cielos!)

D'ALB. Quién viene á vuestra casa á estas horas?

BEATRIZ. No puedo decíroslo... marchaos.

D'Alb. (*Yendo hácia la puerta.*) No puedo ver al que llama?..
Beatriz. (*Deteniéndole.*) No.
D'Alb. Quién es?..
Beatriz. No me lo pregunteis... si confiais en mí... salid...
D'Alb. Marchar... en este momento... (*Colocándose entre Beatriz y la puerta.*) Escuchad... si os empeñais en que me marche, se despertarán todas mis sospechas... creeré todo... y no os volveré á ver... Decidid.
Beatriz. (*Pudiendo apenas contenerse y despues de dudar con voz ahogada.*) Marchaos...
D'Alb. Adios, pues... y para siempre. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA V.

Beatriz *abre la puerta.*—Enrique *entra y abraza á su hermana.*

Enrique. Beatriz!.. Hermana mia!.. Todo lo sé... Sabina me lo ha dicho todo...
Beatriz. Me perdonas, hermano mio!..
Enrique. Perdonarte yo!.. á tí, mi protectora, mi ángel bueno... á tí á quien lo debo todo...
Beatriz. Y Sabina, dónde está?..
Enrique. No hemos querido que nos vieran juntos... se ha separado de mí, pero aqui viene.

ESCENA VI.

Los mismos.—Sabina: *entra apresurada, y cierra la puerta de la derecha.*

Sabina. Oh! qué miedo...
Beatriz. Miedo tú?..
Sabina. Miedo que no puedo dominar... (*A Enrique.*) Figuraos que momentos despues de haberme separado de vos... viniendo por la plaza de Armas... oigo pasos detras de mí... pasos como de un borracho... vuelvo la cabeza y veo... es

decir, creí ver, porque no me he atrevido á mirar segunda vez... veo á Maupin, á mi marido... Esto es imposible...

BEATRIZ. No lo es... Mr. de Noyon que sale ahora de aqui... me ha anunciado...

SABINA. Su resureccion!..

BEATRIZ. Y su llegada á París, á donde ha venido á reclamar su mujer... ó mejor dicho las sesenta mil libras de su sueldo...

SABINA. Es él... no hay duda...

ENRIQUE. El... en Versalles?..

BEATRIZ. Y si viniera aquí?..

SABINA. Si nos encuentra... si nos reconoce...

BEATRIZ. Di mas bien si no me reconoce... tendremos esplicaciones... ruido... escándalo... se descubrirá todo...

SABINA. No nos apuremos. Calma y sangre fria... (*Echando el cerrojo á la puerta de la derecha.*) Cerremos las puertas. (*Acerca un sillon á Enrique. Beatriz se sienta á la izquierda, Sabina á la derecha y Enrique entre las dos.*) Examinemos ahora tranquilamente la situacion.

BEATRIZ. (*A Enrique.*) En qué estado están tus asuntos?

ENRIQUE. Madame de Maintenon me ha mandado llamar. «Primo, me ha dicho; han dado cuenta al Rey de vuestra conducta en Flandes. Me equivoqué al elegiros estado. Hubiérais hecho un mal monge y hareis un buen oficial. He escrito á Bretaña al convento donde está vuestra hermana... he querido abreviar el tiempo, pero la superiora me ha escrito que persistia en quedarse... Es libre para hacer lo que guste.» He aqui palabra por palabra lo que me ha dicho, y que no he entendido, por lo que espero me lo espliqueis.

BEATRIZ. Nada más sencillo: Catalina ha ocupado mi lugar en el convento.... en tanto que...

SABINA. Vuestra hermana ocupaba el mio en el teatro. Ya se os esplicará esto. Pero el peligro continua siendo el mismo.

BEATRIZ. Di mas bien que se ha aumentado. Despojarán á Enrique del grado que le han concedido,

le retirarán la proteccion que hoy tiene... caerá el deshonor y la vergüenza sobre su nombre, si saben que su hermana...

SABINA. Ha sido la Maupin?

BEATRIZ. (*Conteniéndose.*) No lo digo por eso...

SABINA. Esa es la verdad. Solo hay un medio de salvacion. Dejemos á mi marido, á Campra, á la ópera y á Versalles, esplicar como puedan nuestra aparicion y nuestra fuga... y marchémonos mañana secretamente... huyamos de Francia... Vuestro hermano nos acompañará.

ENRIQUE. Y mi regimiento?

BEATRIZ. No puede desertar...

ENRIQUE. Cabalmente, mañana á las siete tenemos una gran revista en Satory...

BEATRIZ. Ya me olvidaba... Y el Presidente que á pretesto de conseguir la nulidad de mi matrimonio... (*A Sabina que hace un gesto.*) no... del tuyo, ha quedado en volver á las once... Me ha amenazado... y no tardará...

SABINA. (*Se levantan.*) Partamos las dos esta noche, sin aguardar á mañana.

ENRIQUE. Ni lo penseis... hace un tiempo horrible...

SABINA. No tengais cuidado... yo no temo al tiempo.. de vuestra hermana yo me encargo... Apresuremos los preparativos... (*Se dirige al fondo.*)

BEATRIZ. Sí... sí... (*Viendo el dominó.*) Ah! Dios mio!...

ENRIQUE. Qué hay?

BEATRIZ. El baile de máscaras... y la princesa á quien he prometido ir...

SABINA. No iremos.

ENRIQUE. Y qué dirán?..

SABINA. Digan lo que quieran.

HUBERT. (*Desde dentro.*) Señorita!...

SABINA. Silencio!.. Quién es?...

HUBERT. Yo... Huberto?....

ENRIQUE. Quién dice?...

SABINA. No tengais cuidado... es nuestro casero.

HUBERT. Traigo una carta para la señorita.

SABINA. (*A Enrique que se sienta en el canapé.*) Sentaos para que no os vean. (*Pónese delante de él para ocultarlo. Beatriz abre la puerta.*)

ESCENA VII.

Los mismos.—HUBERTO.

HUBERT. Un lacayo muy galoneado ha traido esta carta para vos. (*Se la dá.*)

BEATRIZ. (*Abriéndola.*) De S. A. la princesa palatina... (*Leyendo.*) «Os esperamos esta noche, señorita, »á pesar de la nieve y del viento. Como sé que »contra la costumbre no teneis coche, os envio »uno de los mios, que pongo á vuestras órdenes.»

HUBERT. Abajo está... con el cochero en el pescante, y á la portezuela el lacayo que me ha dado la carta. Qué les digo?

BEATRIZ. (*Con embarazo.*) Decid... decid... que está bien.

HUBERT. Que la señorita acepta?...

BEATRIZ. No...

HUBERT. Les despido entonces?...

BEATRIZ. Tampoco...

HUBERT. Pues qué he de decirles?...

BEATRIZ. Decid... que esperen.

HUBERT. Bueno!.. (*Se vá por la derecha.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, menos HUBERTO.

BEATRIZ. Qué hacemos?

SABINA. Rehusar.

ENRIQUE. Es imposible.

BEATRIZ. Semejante atencion...

ENRIQUE. Y el carruage... y esos hombres que esperan...

SABINA. No importa... No podemos quedarnos...

BEATRIZ. Es imposible marchar esta noche.

SABINA. Sí tal... Lo que pudiera perdernos nos salvará.

BEATRIZ. Y quién irá al baile?

SABINA. Otro!

ENRIQUE. Vos...

SABINA. Ojalá... (*Señalando á Beatriz.*) Pero quién la acompañaria?... No tal... no... marcharemos las dos en seguida.

ENRIQUE. Y el baile!

SABINA. Ireis vos.

ENRIQUE. (*Riendo.*) Yo!..

BEATRIZ. El...

SABINA. Oidme un momento. A quién es preciso engañar por algunos segundos?.. A una sola persona... al lacayo que transido de frio y de sueño se dará una prisa más que regular á abrir y cerrar la portezuela... Una vez en el baile... confundido entre la gente... cubierto con un dominó... quién ha de averiguar que vuestro hermano es la Maupin?

ENRIQUE. Es cierto.

SABINA. Mirémoslo ahora por otro lado. El carruaje de la princesa atestigua que la Maupin está en el baile... Esto nos proporciona salir de Versalles sin escitar sospechas. El Presidente, al venir, sabrá que estais en el baile... y permanecerá aquí, gracias á Huberto con quien podemos contar... Mañana, la señora estará cansada del baile y no recibirá: al dia siguiente y al otro... la señora estará enferma á consecuencia del baile... Ganamos de este modo tres ó cuatro dias que aseguran nuestra fuga...

ENRIQUE. Es verdad...

SABINA. Dejadme acabar... Vuestro hermano se queda en Versalles... ignorante de todo y admirándose como todo el mundo de la desaparicion de la Maupin. En tanto nosotras llegamos á Bretaña, sacamos á la señorita Catalina del convento... y os vais con ella al castillo, donde volveis á ser para todo el mundo la señorita Beatriz D'Aubigné.

BEATRIZ. Y tú, Sabina?..

SABINA. Descuidad... He recobrado la voz casi por completo... Saldré de Francia, y en cuanto un periódico de Viena, Stokolmo ó Copenhague haya escrito... «La Maupin acaba de aparecer en nuestra escena...» nos hemos salvado. En esta confusion, en esta barahunda de Maupin... tres

Maupin, nada menos... nadie podrá entenderse... mi marido mucho menos... y colorin... colorado...

BEATRIZ. Eres nuestro ángel bueno...

ENRIQUE. Nuestra salvacion...

SABINA. *(Poniéndole el dominó.)* Soy vuestra doncella... *(Señalando á Beatriz que la ayuda.)* Qué digo? teneis dos... así acabaremos antes... *(Enrique quiere atar las cintas del talle.)* No... dejad que flote...

BEATRIZ. Nada de coqueteria!.. toma los guantes... la careta...

SABINA. Perfectamente... estais encantador... marchaos...

BEATRIZ. Al subir al carruaje, baja la cabeza para parecer más bajo...

ENRIQUE. Descuidad... y por si no nos volvemos á ver, venga un abrazo...

SABINA. Y yo otro. *(Las dos le abrazan y le llevan hasta la puertecilla por donde sale.)*

ESCENA IX.

BEATRIZ.—SABINA.

SABINA. No perdamos tiempo... id á vestiros.

BEATRIZ. Sí, recojamos los trajes, los abrigos para el camino...

SABINA. Y sobre todo, el dinero las alhajas y los papeles. *(Los coge de la mesa y se acerca á examinarlos á la chimenea.)*

ESCENA X.

Dichas.—MAUPIN, *por el fondo.*

MAUPIN. *(Dando traspieses.)* Estoy en casa de mi mujer, en mi casa... *(Sabina se vuelve, vé á Maupin y apaga la bugía con un soplo. Maupin, andando en la oscuridad, tropieza con Beatriz y la coge de la mano.)*

BEATRIZ. *(Lanza un grito ahogado.)* Ah!..

MAUPIN. No tengas miedo, querida mia.

SABINA. (*Bajo á Beatriz.*) Es mi marido! Cielos!..

MAUPIN. Te trataré... con todo el respeto... y consideracion que se debe al talento... yo soy un hombre... muy mirado... y muy...

BEATRIZ. Está borracho.

SABINA. Como siempre.

MAUPIN. Cantatriz muy afamada y sesenta mil libras de sueldo.

SABINA. (*Bruscamente.*) Y á que venis aqui, perdido?

MAUPIN. Es ella, es su dulce voz...

SABINA. Salid de aquí... salid...

MAUPIN. (*Deteniendo á Beatriz que quiere escapársele.*). No te separes... querida... En un buen matrimonio todo es comun: la buena fortuna sobre todo... yo... soy tambien artista... Vivan los artistas!.. Mira... ya no soy celoso... un celoso... es un tirano... cáspita... yo soy hombre libre.

SABINA. (*Detrás de Maupin.*) Salid... ó si no llamo...

MAUPIN. Estoy en mi casa... y soy músico... en el domicilio conyugal... vivan los artistas!... No te me escaparás, paloma... (*Coge el brazo de Sabina.*) Viviré donde quieras... En el desvan ó en la cueva... Me gusta más la cueva... yo soy músico... yo no soy celoso... quiero que cenemos juntos...

BEATRIZ. (*Bajo á Sabina.*) Estamos perdidas.

SABINA. No tal.

MAUPIN. Estoy en ayunas...

SABINA. (*Bajo á Beatriz.*) Dentro de dos momentos vuelvo... (*Sustituye su brazo con el de Beatriz y entra de puntillas en la habitacion de la izquierda en primer término.*)

MAUPIN. Ya lo sabes: yo siempre te he tratado con consideracion... los miramientos ante todo.... yo soy artista... Sesenta mil libras... Y dicen que el señor Campra... quiere dar mas... Nos ajustaremos.., yo por mí... soy artista y consiento... ajusto mi voz... digo la tuya...

SABINA. (*Apareciendo en la puerta por donde salió con una luz en la mano y voz chillona.*) Estais servido...

MAUPIN. (*Estupefacto mirando hácia la izquierda y viendo á Sabina.*) Calla!... estás ahí... Cómo enturbia la vista el ayuno... La mesa puesta... y la cena... Gracias... empezaré por dos botellas de vino... una á cada lado...

SABINA. Hay cuatro...

MAUPIN. Yo soy músico... pediré otras cuatro... luego seis... Cómo me gusta sumar!

SABINA. Hay ocho.

MAUPIN. Yo soy artista... Qué bonito crescendo... Me... me gusta... vivan los artistas!...Vienes, muger?

SABINA. Allá voy. (*Maupin entra en el cuarto. Sabina cierra la puerta con llave y pone la luz en la mesa.*)

ESCENA XI.

SABINA.—BEATRIZ.

SABINA. Ya está bebiendo! Segura estoy de que seguirá así hasta mañana. Marchemos.

BEATRIZ. (*Escuchando en el fondo.*) No oyes un ruido sordo en la calle?

SABINA. Sí... y aumenta... Parece como si hubiera mucha gente reunida... A estas horas... se oye ruido de armas... Que significa esto?

BEATRIZ. Imposible escapar por este lado.

SABINA. Huyamos por la puerta que da al parque. Cielos! (*Al abrir la puerta de la derecha aparece Enrique cubierto con el dominó: y con la espada en la mano: este entra y cierra inmediatamente.*)

ESCENA XII.

SABINA.—ENRIQUE.—BEATRIZ.

SABINA. (*Admirada.*) Vos aquí!...

BEATRIZ. Quién causa ese ruido... ese desórden?..

ENRIQUE. Yo, yo soy la causa.

BEATRIZ. Dios mio...

SABINA. Esplicaos.

ENRIQUE. Llegué felizmente á casa de la Duquesa, y me deslicé por entre el gentio que llenaba el palacio. Tres fátuos dieron en seguirme... y oí á uno de ellos que decia: «Estoy seguro que es la Maupin, que ha venido disfrazada de hombre... «Es ella añadió otro, yo la he visto apearse del carruage que la ha mandado S. A.» En esto llegamos á una especie de invernáculo, donde estábamos casi solos... Para abreviar os diré que no sé cómo, á consecuencia de haberme insultado, de haber querido arrancarme la máscara, les desafié en nombre de la Maupin y echamos mano á las espadas. Creian batirse con una muger, y sin duda por este error herí levemente á uno de ellos y desarmé á los otros dos... Al ruido acude gente, quieren prenderme, pero los jóvenes y las damas lo impiden gritando «Viva la Maupin...» Enmascarado y espada en mano, me abro paso á través de la gente... llego á una de las puertas y me lanzo á la calle.. Allí comienzan á perseguirme más encarnizadamente... Los guardias de la puerta... los cien Suizos... la ronda... qué sé yo... Corro y corren detrás de mí... llego á Versalles cuyas calles apenas conozco... consigo por fin encontrar la casa... y ya en la puerta... échanme la mano unos de la ronda... La gente del pueblo, sabedora ya del suceso... me liberta de sus garras, gritando... «viva la Maupin!..» y por último, aquí me teneis... sano y salvo.

SABINA. Qué aventura!.. Estamos perdidas... Mañana todo Versalles... todo Paris sabrá lo ocurrido.

ENRIQUE. Veo ya en perspectiva... la Bastilla...

BEATRIZ. Cielos!..

ENRIQUE. Ya hablaban de conducirme allá esta noche.

BEATRIZ. No lo permitiré. (*Comienzan á llamar en la puerta.*)

ENRIQUE. Aunque me prendan... yo hallaré un medio de escapar... Están llamando!.. Vete. (*A Beatriz.*) Escóndete... que no te vean... (*A Sabina.*) Lleváosla á un cuarto... ocultadla...

SABINA. Dice bien... venid... *(Sabina obliga á Beatriz á entrar en la puerta de la derecha que se halla en tercer término. Enrique se sienta á la izquierda en el canapé: se pone la careta y arregla el dominó. Durante todo este tiempo han tratado de forzar la puerta.)*

ENRIQUE. (*A Sabina, á media voz.*) La plaza se ha sostenido ya bastante tiempo... rindámonos... abrid las puertas. (*Sabina abre la del fondo.*)

ESCENA XIII.

EL PRESIDENTE.—GODIVET.—UN EXENTO.—HUBERTO, *que se mantiene separado.*—SABINA, *en pié cerca de* ENRIQUE.

GODIVET. Eh! tropa... contened la gente... que nadie pase... acercad un carruaje. (*Al Presidente que se oculta el rostro con el embozo.*) Mis instrucciones son terminantes... tengo órden del señor Gobernador de prender sin reparo... en primer lugar á la fugitiva... á la del dominó negro... á la señorita Maupin aquí presente, y luego á todos los que en su casa se hallen á estas horas.

PRESID. Pero mirad...

GODIVET. Huberto, el propietario, no os reconoce como habitante de esta casa, donde estais oculto desde las once... callais vuestro nombre... y os prendo...

PRESID. (Qué contratiempo en el momento del triunfo. (*A Godivet.*) Una palabra!

GODIVET. (*A los alguaciles.*) Alto la ronda! (*Al Presidente.*) Perdonad! señor Presidente!

PRESID. Silencio!.. (*A media voz.*) He venido á esta hora porque me esperaban... y la gente me ha obligado á ocultarme...

GODIVET. Está bien!.. lo pondré en conocimiento del Gobernador.

PRESID. Mi rival!.. Qué mortificacion!..

GODIVET. Sois libre!.. señor Presidente. (*Este le hace seña para que calle.*)

HUBERT. (*Bajo á Sabina.*) Qué significa esto?
SABINA. (*Lo mismo.*) Silencio!
GODIVET. (*A Enrique.*) Señorita, tengo órden del señor Gobernador para llevaros...
ENRIQUE. A dónde?
SABINA. (*Con temor.*) A dónde?
GODIVET. (*Entregándole una carta.*) Esta órden escrita por Monseñor os lo dará á conocer.
ENRIQUE. (*Abre la carta, lee y hace un gesto de alegria.*) (Perfectamente.) (*Al exento.*) Estoy á vuestras órdenes.
SABINA. (*A Enrique á media voz.*) Gran Dios!... á dónde os llevan?
ENRIQUE. Toma y lee... (*Le dá la carta á escondidas.*) Adios! (*Sigue á Godivet.*)
PRESID. No hay duda... mi rival se la lleva... Pero á dónde... á dónde?... (*Enrique cubierto con el dominó y la máscara sale por el fondo con Godivet.*)

ESCENA XIV.

SABINA.—EL PRESIDENTE.—HUBERTO, *al fondo.*

SABINA. (*Con la carta en la mano se acerca á la mesa para leerla.*) Qué significa todo esto?...
PRESID. (*Quitándola la carta.*) Yo lo sabré...
SABINA. Caballero... esa carta...
PRESID. Pertenece de derecho á la justicia... como prueba de un odioso complot...
SABINA. Al menos me direis ..
PRESID. Nada... y en cuanto á la Maupin á quien se han llevado... nunca la volvereis á ver...
SABINA. (*Yendo al fondo.*) (Eso lo veremos.) (*Bajo á Huberto.*) Puedo contar contigo?...
HUBERT. Sí, señorita.
SABINA. Monta á caballo y sigue á los que se llevan á mi ama...
HUBERT. Voy corriendo...
SABINA. Entérate del sitio á que la llevan y vuelve aquí á decírmelo... Veinticinco luises si desempeñas bien tu comision.

HUBERT. Habrá además un abrazo?..
SABINA. Dos!
HUBERT. Hasta luego. (*Váse coriendo por el fondo.*)
SABINA. Voy á decir lo que pasa á Beatriz, y á esperar la vuelta de Huberto. (*Vase.*)

ESCENA XV.

Dichos, menos SABINA.

PRESID. (*Colérico con la carta.*) Qué infernal astucia!.. (*Lee.*) «Sois una loca... á no ser por mí os en»cerrarian en la Bastillla... Felizmente tengo un castillo en medio de los bosques de Versalles... deshabitado hace mucho tiempo...» Pardiez!... al castillo de Navailles es á donde la lleva... donde la detendrá presa más que como gobernador como amante... Y no poder arrebatársela... Eso lo veremos.
MAUPIN. (*Llamando á la puerta de la izquierda.*) Eh!.. Hola... Abrid.
PRESID. Qué oigo... Quién está aquí?.. será un tercero en discordia?.. (*Abre la puerta.*)

ESCENA XVI.

EL PRESIDENTE.—MAUPIN *más ébrio.*

PRESID. Qué veo... qué quereis?
MAUPIN. Quiero vino... más vino... yo soy músico... soy artista...
PRESID. Es el marido... le reconozco!..
MAUPIN. Hombre... yo... yo... no os conoz...
PRESID. Ya tengo lo que buscaba. Ante un marido que reclama su mujer, todas las puertas del castillo se abrirán.
MAUPIN. Castillo... no... sesenta mil botellas de renta...
PRESID. Venid... yo os devolveré á vuestra mujer... os lo prometo...
MAUPIN. Vos?... yo soy artista... qué querereis de mí?..
PRESID. Que os tengais en pié, si es posible...

MAUPIN. Si puedo...
PRESID. Dadme el brazo...
MAUPIN. La justicia... debe sostenerme... Yo soy artista... y mú... mú... músico... (*El Presidente y Maupin salen por el fondo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un antiguo castillo gótico.—Un salon: tres puertas en el fondo. Dos puertas laterales de grandes dimensiones con adornos de escultura y paños de tapicería. A cada lado de las dos grandes puertas laterales una muy pequeña, secreta.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon la Duquesa, *la* Presidenta *y cinco ó seis señoras jóvenes aparecen sentadas á una mesa opíparamente cubierta é iluminada. Las copas acaban de ser llenas de champagne.*

Presid.ª (*Levantando su copa.*) A la soledad!
Duquesa. (*Haciendo lo mismo.*) A la amistad!
Presid.ª A la liga de las mugeres contra los hombres.
Todas. Bravo!
Duquesa. Brindais por una cosa muy antigua.
Presid.ª Os equivocais, Duquesa; si las mujeres nos hubiéramos puesto una sola de vez de acuerdo, hace mucho tiempo que los hombres llevarian enaguas.
Todas. Es verdad!
Duquesa. Brindais entonces por una cosa imposible. Señoras, aprovechemos el tiempo. A las doce de la noche concluye la insurreccion.
Todas. Sí, aprovechémosle.
Presid.ª Para entretener el tiempo que nos queda propongo que cada una cuente una historia de amor.

TODAS. Sí! sí!

DUQUESA. Una historia en que ella sea la heroina.

MARQ.ª Eso seria mejor.

BARON.ª Adoptado.

PRESID.ª Pido que empiece el jefe de la insurreccion, la dueña del castillo.

MARQ.ª Es muy justo.

DUQUESA. Qué quereis, señoras, qué os gusta más, sentimiento ó alegría?.. agua con azucarillos ó champagne?..

TODAS. Champagne!.. Champagne!..

DUQUESA. Vamos, pues con el champagne... Dias pasados me hallaba yo de servicio, como dama de Madame Maintenon, y próxima á perecer de fastidio, empecé á pasearme por la antesala pasando y repasando por delante de una chimenea donde ardía un gran monton de leña... De repente, en una de las vueltas, la llama toca á la falda de mi vestido que empieza á arder... Llena de espanto lanzo un grito, y cuando iba á desmayarme, un oficial de dragones salta por la ventana del jardin, se arroja á mis piés, me coje en sus brazos y apaga á costa de sus manos el fuego que amenazaba abrasarme. Caballero, le dije, toda conmovida, no sé qué recompensa dar á vuestro servicio. No merece ninguna, me contestó él respetuosamente: pero si yo hubiera de designarla, os suplicaria que me permitiéseis besar vuestras manos.

MARQ.ª Qué galante!

PRESID.ª Y accedísteis á su demanda?

DUQUESA. Señoras, contestad con franqueza: en mi lugar, hubiérais accedido á su deseo?

TODAS. Sí, sí.

DUQUESA. Pero lo más triste es que, por haber faltado á la consigna y abandonado la puerta de la cámara Real... por una buena accion... el oficial fué condenado á diez dias de arresto... injusticia que yo me he encargado de reparar. Hé aquí la historia.

MARQ.ª Es muy interesante.

DUQUESA. Ahora os toca á vos, Presidenta.

PRESID.ª Bien; pero como en mi repertorio personal no

hay anédoctas tan caballerescas... os pido permiso para contar una aventura sucedida á una amiga íntima. (*Se sientan: la Duquesa á la izquierda, las damas en medio, la Presidenta á la derecha, la Marquesa y la Baronesa á un estremo cada una.*)

TODAS. Bueno, bueno.

PRESID.[a] Tengo yo una amiga en Cambray que es ordinariamente muy miedosa; pero que sostiene que en un gran peligro conserva la serenidad, que la falta en las cosas pequeñas. Su marido, negándose á creer en un valor tan raro, y acaso tambien por poner á prueba su virtud, imaginó un recurso tan singular como peligroso... una noche... un hombre envuelto en una capa y con el rostro enmascarado salta por las ventanas de su habitacion que dan al jardin. Mi amiga á la vista de este bandido con un puñal en la mano, arroja un grito de espanto y se pone á temblar... pero de repente recobra su serenidad y opone una resistencia tal que el ladron desconcertado, rendido de luchar, retrocede, deja caer su careta y... reconoce entonces á su marido... (*Risa general; la Presidenta se levanta y continua.*) Os hace reir la prueba?.. Pues bien, el marido encantado de una defensa tan estraordinaria contó al dia siguiente el lance en casa de un amigo, donde entre otros se encontraba un oficial de la guarnicion. A los pocos dias mi amiga se hallaba sola en la misma habitacion cuando vé entrar por la ventana al mismo hombre envuelto en la misma capa... Ah! dos veces el mismo recurso es demasiado... esclamó ella riendo... Y si creeis que me voy á divertir en defenderme, os equivocais... (*Vivamente y con calor.*) En este mismo instante suenan pasos en la habitacion inmediata... una voz pronuncia mi nombre... era la de mi marido... Juzgad de mi sorpresa.

DUQUESA. Con que érais vos la amiga?

PRESID[a] Se me ha escapado?..

MARQ.[a] Dos veces.

PRESID[a] Pues bien, apenas si tuve tiempo para hacer

saltar al atrevido por la ventana... era un oficial de dragones que habia bailado muchas veces conmigo...

DUQUESA. Ah! El Presidente llegó á tiempo...

MARQ.ª Es singular. En los dos lances un oficial de dragones es el héroe.

ESCENA II.

Dichas.—MADAME ZURICH *que entra por el fondo: los criados quitan la mesa, colocan un velador en medio del salon y sirven café y helados.*

DUQUESA. Qué ocurre, María?

ZURICH. Perdon, señoras...

DUQUESA. Os presento á María Zurich, la mujer del suizo del castillo.

ZURICH. Mi marido, que no puede abandonar su puesto, me envia á enterar á la señora Duquesa... (*A media voz.*) de una aventura estraordinaria...

TODAS. (*Alegremente.*) Una aventura!..

PRESID.ª Estas señoras se mueren por las aventuras... Contádmela... (*Las damas se sientan á derecha é izquierda en sillones y canapés.*)

DUQUESA. Zurich, mi protegida, es del partido de las mujeres contra los hombres... lo que equivale á deciros que es enteramente nuestra.

ZURICH. Estaba durmiendo mi marido, como siempre que hace centinela, cuando llaman de repente con mucho misterio á la puerta. No abrais, le digo; la señora Duquesa no quiere que se sepa que el castillo está habitado... Pero era ya tarde, acababa de descorrer el cerrojo y de aparecer Godivet.

TODAS. Godivet!

DUQUESA. El confidente de mi marido... un inválido que está haciendo una nueva campaña bien poco honrosa.

ZURICH. El mismo... que nos ha contado los grandes sucesos que han ocurrido esta noche en Versalles en un baile en que la Maupin... una cantante...

DUQUESA. La conocemos...
ZURICH. Insultada por tres jóvenes ha tirado de la espada... herido á uno de ellos y desarmado á los otros dos.
DUQUESA. Es posible!..
PRESID.ª Zurich tiene razon; es una aventura estraordinaria...
ZURICH. No es esa la aventura... La Maupin, arrestada de órden del señor Gobernador... acaba de llegar cubierta con un dominó al castillo, custodiada por Godivet.
DUQUESA. La Maupin!..
PRESID.ª De veras?
ZURICH. Godivet la ha ayudado á bajar respetuosamente del coche... la ha dado el brazo para subir á la torre del Mediodia, y la ha encerrado, llevándose la llave consigo.
DUQUESA. De modo que se ha ido sin saber que estamos aqui?
ZURICH. Sin sospecharlo siquiera.
PRESID.ª Y la Maupin está prisionera?
DUQUESA. Admirable!.. Señoras, es menester invitarla á pasar la noche con nosotras.
MARQ.ª Adoptado!.. la haremos cantar...
BARON.ª Aires de ópera...
PRESID.ª Pero cómo hemos de ponerla en libertad?
DUQUESA. Nada más fácil. Tengo las llaves del castillo... Mirad, al lado de esas dos puertas hay otras secretas: pues bien, una de ellas conduce á la torre. Zurich, vé de parte de estas señoras y de la Duquesa de Navailles á rogar á la Maupin que se digne aceptar esta fiesta improvisada.
ZURICH. Voy en seguida. (*Sale por la puerta secreta de la izquierda.*)

ESCENA III.

Dichas, menos ZURICH.—*Un criado entra una bandeja.*

PRESID.ª Qué felicidad! Nos contará historias de teatros.
DUQUESA. Nos hablará de sus triunfos, de sus conquistas de sus adoradores...

PRESID.ª Duquesa, tengo la idea de que nos ha de interesar mucho á las dos.

DUQUESA. Razon de más; pero dónde la alojaremos? No ha de quedarse sola en su torre... y en este inmenso castillo no hay más piezas dispuestas que las seis ó siete que os he hecho preparar.

PRESID.ª Cualquiera partirá con ella su habitacion... yo la ofrezco hospitalidad.

DUQUESA. Y yo tambien...

TODAS. Y yo, y yo!

DUQUESA. (*Volviéndose.*) Ah! Zurich!

ESCENA IV.

Dichas.—ZURICH.

ZURICH. Qué cosa tan rara! Es tan modesta que se empeña en no quitarse su máscara. Cuando la he dicho que no habia más que señoras, ha hecho un gesto de sorpresa y de alegria... Acepta con mucho gusto la invitacion... pero desea hablar antes á la dueña del castillo á solas.

PRESID.ª Qué misterio!.. qué ceremonia!

DUQUESA. No importa: debemos complacerla. Señoras, hacedme el favor de esperar en la sala del concierto, á donde la llevaré en seguida.

PRESID.ª Bueno, pero no tardeis. (*La Presidenta y las demás salen por el fondo. Zurich abre la puerta secreta de la izquierda y hace una señal á Enrique.*)

ESCENA V.

ENRIQUE, *enmascarado con el domino negro.*—LA DUQUESA.

DUQUESA. (*Aparte.*) (Qué aire tan estraño!..) Acercaos, señorita, acercaos sin temor... estamos solas.

ENRIQUE. (*Aparte.*) Qué situacion! Pero qué esplicacion invento para no comprometer á mi hermana... ni... Báh! lo mejor, lo más seguro, es decir la verdad... (*Se quita la careta.*)

DUQUESA. Cielos!.. Caballero... vos aquí?..

ENRIQUE. Por vos, señora!..desde el dia en que os salvè...

DUQUESA. Por mí... estais loco...

ENRIQUE. Necesitaba veros esta noche á toda costa ó morir... he penetrado en vuestro palacio y ya habíais salido para este castillo...

DUQUESA. Pero quién os ha dicho?... Y luego cómo venis en lugar de la Maupin?... Qué enredo es este?..

ENRIQUE. No me pregunteis nada... los momentos son preciosos... Necesito permanecer en este castillo.

DUQUE. Qué audacia! No veis que eso es una locura... en primer lugar yo no estoy sola.

ENRIQUE. Lo ignoraba...

DUQUESA. Hay aquí una multitud de señoras á quienes vuestra presencia asustaria... escandalizaria... Aquí teneis una... Cubrios el rostro. (*Enrique se pone la careta.*)

ESCENA VI.

LA PRESIDENTA.—ENRIQUE.—LA DUQUESA.

PRESID.ª Vengo de embajadora... las señoras os esperan para empezar el concierto y el baile...

DUQUESA. (Dios mio, qué hacer!) (*Alto.*) Presidenta, escusadla por esta noche á lo menos... está tan conmovida... tan turbada...

PRESID.ª (*Acercándose á Enrique mientras la Duquesa se dirige al fondo.*) Nosotras os animaremos, os daremos valor...

ENRIQUE. (*Descubriéndose.*) Gracias!

PRESID.ª (*Rápidamente.*) Cielos! vos aquí...

ENRIQUE. Por vos... desde que os dí aquel susto...

PRESID.ª Qué imprudencia!

DUQUESA. (*En el fondo.*) Zurich otra vez!.. Qué ocurre?..

ESCENA VII.

Dichos.—ZURICH.

DUQUESA. (*A Zurich que entra muy agitada.*) Qué pasa?... habla pronto...

ZURICH. Mi marido dice que acaba de entrar una persona por la puerta secreta del jardin.

DUQUESA. Imposible... Quién ha de venir?..

ZURICH. Yo no sé quién... pero mi marido estaba acostado cuando de repente oyó introducir la llave en la cerradura, abrir y cerrar puertas: salió al jardin y no vió ya más que pisadas recientes en la nieve...

DUQUESA. Es menester averiguar en seguida...

PRESID.ª (*Mirando á Enrique.*) Dios mio! Se habrá introducido aquí algun hombre?

DUQUESA. (*Mirando á Enrique.*) (Lo que es uno...)

PRESID.ª El lobo en el rebaño!... Qué horror! Corred, Duquesa; registradlo, examinadlo todo...

DUQUESA. Sí, sí... (*A Zurich.*) Anda! detras voy yo. (*Zurich sale por el fondo. Duquesa á la Presidenta, señalándole á Enrique.*) En cuanto á la señora, como os dije antes no puede ir al salon.

PRESID.ª (*Vivamente.*) Comprendo... Está muy fatigada...

DUQUESA. Necesita reposo.

PRESID.ª Es natural...

DUQUESA. Mirad... en el gabinete que oculta esa puerta secreta...

PRESID.ª (*Abriéndola.*) Es verdad...

DUQUESA. Ahi se encontrará á sus anchas... sin que nadie la vea...

PRESID.ª Más que nosotras.

DUQUESA. ¿Quereis hacer comprender á esas señoras que es imposible...

PRESID.ª Mejor será que vos os encargueis de eso... Id, que aquí os aguardo...

DUQUESA. Vamos las dos juntas. (*A Enrique.*) Esperadme.

PRESID.ª (*Por el lado opuesto en voz baja.*) Vuelvo.

DUQUESA. (*Que ha dado algunos pasos.*) Venís?

PRESID.ª Sí, Duquesa. (*Las dos cogidas del brazo saludando á Enrique.*) Adios, señora, adios!

ESCENA VIII.

ENRIQUE *solo un instante.—Despues el* DUQUE.

ENRIQUE. Yo que temia me tragesen á este castillo!.. Pues vaya una prision encantadora!.. En fin, mi hermana y Sabina protegidas por la oscuridad de la noche deben haber salido de Versalles y encontrarse lejos... muy lejos... En cuanto á mí... (*Escuchando.*) Pasos de hombre!.. Otra nueva aventura... Entremos en mi encierro... (*Entra por la puerta secreta de la derecha en el mismo instante en que el Duque abre la de la izquierda.*)

DUQUE. (*Entrando rápidamente con una llave en la mano.*) Nadie!.. nadie!.. es incomprensible! Si el imbécil de Godivet habrá trabucado mis órdenes. Le mandé que la llevase á la torre del Mediodia, que la encerrase allí... Llego hace una hora... me introduzco en el parque sin que me vean... subo á la torre cuya llave tengo... y no encuentro á nadie... Se habrá escapado?.. Continuemos las pesquisas... (*Se vuelve y ve á Godivet entrar pálido y temblando por la puerta que el Duque ha dejado abierta.*) Ah! eres tú...

ESCENA IX.

GODIVET.—EL DUQUE.

DUQUE. Qué ha sucedido?... habla...

GODIVET. Eso mismo venia yo á preguntaros.

DUQUE. La Maupin se ha escapado...

GODIVET. Sí, señor Duque.

DUQUE. Infeliz de tí!..

GODIVET. Aguardad, no está todo perdido...

DUQUE. Habla...

GODIVET. Segun vuestras órdenes... acababa de encerrarla en esta torre...

DUQUE. Y cómo es que no está?..

GODIVET. Esperad... al salir de aquí... nos detuvimos en

el camino en una hosteria... dejé á mi gente en la cocina y yo subí al comedor... En una de las habitaciones inmediatas habia luz... me acerco, miro... y...

DUQUE. Y qué?

GODIVET. Veo á la Maupin que yo creia haber dejado encerrada en la torre del Mediodia.

DUQUE. De veras?...

GODIVET. Como lo oís... Se habia quitado el capuchon y el trage de hombre, y la acompañaba su doncella Sabina... Puedo aseguraros, señor Duque, que no entiendo una jota de todo esto.

DUQUE. Ni te hace falta... sigue contando lo que has visto ú oido.

GODIVET. Decian que un tal Huberto... las habia dicho donde habian encerrado á no sé quién, y disputaban sobre si debian quedarse allí ó continuar su camino.

DUQUE. Por qué no las prendiste?..

GODIVET. Eso es lo que he hecho á pesar de sus súplicas, y de que ambas protestaban no conocerme.

DUQUE. Y donde están ahora?

GODIVET. Helas ahi... (*Señalando la puerta del fondo.*)

DUQUE. Vete.

GODIVET. A Versalles?

DUQUE. No... á dormir...

GODIVET. Ojalá pueda, que buena falta me hace. (*Vase por el fondo, por donde entraron poco antes Sabina y Beatriz.*)

ESCENA X.

SABINA.—BEATRIZ.—DUQUE.

SABINA. Henos aquí presas... sin haberle libertado...

BEATRIZ. Calla...

DUQUE. Estraño mucho, señorita, que hayais querido escaparos...

BEATRIZ. Escaparme...

DUQUE. Ni sé los medios que para ello habeis empleado, ni intento preguntároslos...

BEATRIZ. (*Bajo á Sabina.*) Se ha salvado!..

DUQUE. Estais de nuevo en mi poder, ó mejor dicho bajo mi proteccion... Si yo os abandonase, iríais á la Bastilla... pero no tengais cuidado... no haré tal... antes bien... decidme una palabra... una sola... y quedais en libertad... Esa palabra creo que tengo derecho...

SABINA. Cierto que sí... pero estamos tan asustadas que es imposible casi el responder.

BEATRIZ. *(A Sabina.)* Qué dices?

SABINA. *(En voz baja.)* (Dejadme.) Es tan lúgubre el aspecto de este castillo... Si estuviéramos fuera de él... con vos se entiende...

DUQUE. Si así lo quereis... salgamos. *(Los tres dan algunos pasos para salir: en el mismo momento se abren las puertas del fondo, y el Presidente aparece en la del centro con Maupin y algunos soldados.)*

ESCENA XI.

BEATRIZ.—SABINA.—MAUPIN.—EL PRESIDENTE.—EL DUQUE.—*Los soldados permanecen fuera.*

PRESID. Deteneos.

BEATRIZ. (Cielos!.. el Presidente!..)

SABINA. (Mi marido!..)

PRESID. En nombre del Rey!.. *(Beatriz y Sabina vuelven la espalda á Maupin que tropieza y cae en un sillon.)*

DUQUE. Con qué derecho os presentais en mi casa con todo ese aparato?

PRESID. Vengo á apoderarme de una persona contra la que se me ha mandado proceder.

DUQUE. Antes será menester poner en claro...

MAUPIN. El vino que está claro... es porque le echan agua...

DUQUE. En mi carácter de Gobernador... solo yo puedo y tengo derecho para prender...

PRESID. Yo no puedo consentir que esa señora permanezca aquí...

DUQUE. Yo no consentiré que salga.

PRESID. Vuestra autoridad sobre esa señora desapare-

ce ante la de la persona que me acompaña... (*Bajo á Maupin.*) Poneos en pié, si podeis... Esa persona es su marido.

DUQUE. (Qué oigo!)

PRESID. Me ha requerido para que le devuelva su mujer... y se la entrego... Ahí la teneis... (*Señala á Beatriz.*)

MAUPIN. (*Admirado.*) Esta es mi mujer?...

DUQUE. Qué dice?..

PRESID. La misma.

MAUPIN. La que tiene sesenta mil libras!..

PRESID. La misma.

MAUPIN. Cómo ha cambiado... pero tanto me dá.. la reconozco!.. (*Viendo á Sabina.*) Y esta tambien... es mi mujer...

DUQUE. Dos mujeres...

MAUPIN. Por qué no?...

DUQUE. (*Al Presidente.*) Caballero, este hombre está borracho... é ínterin se halle en este estado, os declaro que no le entregaré su mujer.

PRESID. Pues sabed que lo está siempre. Haced lo que gusteis... pero os prevengo... que vos sereis responsable de su persona...

DUQUE. Lo seré. (*Señalando la puerta de izquierda.*) Señorita, entrad en esa habitacion: es la vuestra.

PRESID. (*Indicando á Sabina que sigue á Beatriz.*) Sola.

DUQUE. Sola.

PRESID. (*A Sabina.*) Seguidme... tengo que hablaros.

DUQUE. (*Bajo á la misma.*) Yo tambien.

MAUPIN. (*Se levanta vacilando y coge una luz.*) Permitid... yo quisiera...

PRESID. Qué?

MAUPIN. Cenar... (*Al Duque.*) Yo... soy... desde Versalles... vengo en ayunas...

DUQUE. Abierta teneis la puerta del comedor... pero acordaos que á esta no teneis que acercaros para nada...

MAUPIN. Gracias... veo... que os gustan mucho las artes... y los artistas... yo... no soy celoso... artista... sí... y me gusta... el vino... oh!.. (*Maupin y el Duque se van por una de las puertas del fondo. Sabina y el Presidente por la otra.*

Beatriz toma una luz y entra por la puerta marcada.)

ESCENA XII.

ENRIQUE, *entreabriendo la puerta de la derecha.—Despues la* DUQUESA, *entrando por la puerta del foro de la izquierda.*

ENRIQUE. No parece nadie... si me habrán olvidado... ah! la Duquesa!

DUQUESA. Qué imprudencia... por qué salis sin que os avisen?

ENRIQUE. Perdonad, Duquesa.

DUQUESA. Es preciso que marcheis inmediatamente... Vuestra presencia aquí puede comprometerme... si llegaran á saber lo que sois realmente.

ENRIQUE. Siento mucho...

DUQUESA. Temo que me hayan visto venir, en particular la Presidenta que no me quita ojo... No os lo decia... Aquí viene. (*Entra la Presidenta con una luz por el fondo.*)

ESCENA XIII.

Los mismos.—LA PRESIDENTA.

PRESID.ª (*Viendo á Enrique vestido de caballero.*) Qué veo!..

DUQUESA. Silencio, por Dios!.. querida!... Comprendo vuestra sorpresa... al ver aqui á un oficial... No he podido conseguir me diga por qué causa se halla en el castillo... Alguna de nuestras amigas sin duda...

PRESID.ª Sí, sí comprendo...

DUQUESA. Su presencia aqui puede comprometernos... es preciso que marche...

PRESID.ª Es cierto... por aquí... por la torre de Mediodia...

DUQUESA. Dios nos libre... María acaba de decirme que la persona cuyo nombre habia tomado este caballero... la Maupin, acaba de llegar...

ENRIQUE. (Mi hermana!.. me quedo!)

DUQUESA. (*Señalando la derecha.*) Por aqui... por los patios del antiguo castillo podrá salir sin ser visto... Venid...

ENRIQUE. Perdonad... pero es imposible que me vaya...

PRESID.ª Por qué?

ENRIQUE. (*Mirando á derecha é izquierda.*) Hay aqui una persona á quien no puedo dejar abandonada...

DUQUESA. (Imprudente!)

PRESID.ª Alguien viene!.. Que no nos vean!.. (*La Presidenta y la Duquesa apagan las luces. El teatro queda á oscuras.*)

ESCENA XIV.

LA DUQUESA *en el fondo á la izquierda;* ENRIQUE *en el centro;* LA PRESIDENTA *en primer término á la derecha;* EL DUQUE *entra por la puerta del fondo de la izquierda, y pasa despues el* PRESIDENTE *por el fondo derecho: luego* MAUPIN *por la puerta del fondo centro.*

DUQUE. La ocasion es oportuna... lo que es ahora... podré verla... (*Encuentra á la Duquesa cuya mano coge.*) Ah!.. me esperábais!

DUQUESA. (*Sorprendida.*) (Mi marido!)

DUQUE. Oid...

DUQUESA. Vendrá por la Maupin!.. (*El Duque continúa hablandola en voz baja con gran calor.*)

PRESID. El Duque se creerá que yo me estoy encerrado en mi cuarto... veré á ver si en la oscuridad puedo encontrar... (*Tropieza con la Presidenta.*) Ah!.. sois vos?..

PRESID.ª (Cielos!..)

PRESID. Si Sabina no me ha engañado, espero... que sereis más razonable...

PRESID. (Mi marido!..) quién le habrá traido aquí?.. (*Oyendo lo que aquel la dice en voz baja.*) Me toma por la Maupin... (*El Presidente la besa la mano.*) Al fin es mi marido. (*Continuan hablando en voz baja.*)

MAUPIN. (*Por el fondo.*) Las botellas... han dado fondo... Qué bonita es mi mujer... digo la nueva... la

otra... Cuando uno ha bebido algo... se le figura ver todo doble... (*Cogiendo la mano de Enrique.*) Ella es...

ENRIQUE. Qué!

DUQUESA. (Esto es una infamia.)

PRESID. (*A media voz.*) Sí sí... cumpliré mi palabra... Aqui esta el papel que declara la nulidad de vuestro matrimonio... tomad...

PRESID.ª (Qué significa esto?)

PRESID. En cambio me dareis...

PRESID.ª Infame!.. Tomad!.. (*Da un bofeton á su marido: la Duquesa y Enrique pegan igualmente al Duque y á Maupin otra bofetada. Los tres lanzan un grito.*)

LOS TRES. Socorro... socorro... (*Enrique entra en su cuarto de la derecha. La Presidenta y la Duquesa salen por las puertas del fondo. Beatriz asustada sale de su cuarto de la izquierda y se lanza al medio del foro, donde el Presidente y el Duque la cogen cada uno por una mano. Godivet aparece en el fondo con algunos soldados con luces.*)

ESCENA XV.

GODIVET.—EL DUQUE.—BEATRIZ.—EL PRESIDENTE. MAUPIN.

BEATRIZ. Qué hay?.. Qué ruido es este...

DUQUE. El Presidente!..

PRESID. El Duque!..

MAUPIN. Cuánta gente... (*Tocándose el carrillo.*) Me han pegado los tres...

GODIVET. Qué hay, señores?..

DUQUE. Nada... (*Bajo á Beatriz.*) Ah! traidora!..

PRESID. (*Lo mismo.*) Ah! pérfida!..

MAUPIN. Qué mano?..

BEATRIZ. Pero qué ha sucedido?..

PRESID. Esto es para volverse uno loco...

GODIVET. Cuando os decia, señor Duque, que este castillo esta encantado!.. No parece sino que está lleno de duendes...

MAUPIN. De duendes... y de bofetones!..
DUQUE. Basta de majaderias... vete. (*Váse Godivet.*)
PRESID. (*En voz baja á Beatriz.*) Devolvedme el papel que os he dado hace poco...
BEATRIZ. Qué papel!.. A mí no me habeis dado nada.
MAUPIN. No puedo yo decir otro tanto...
PRESID. Qué audacia... Esto es ya demasiado...
MAUPIN. Yo lo creo... como que he recibido tres...
PRESID. Puesto que así lo quereis... quedaos con vuestro marido... no hay miedo de que lo impida... Venid, señor Duque. (*Vánse los dos por el fondo.*)

ESCENA XVI.

BEATRIZ.—MAUPIN.—ENRIQUE.

BEATRIZ. Me dejan sola...
MAUPIN. (*Yendo hácia ella.*) Decian que habia fantasmas... este debe ser uno...
BEATRIZ. Quién me protegerá...
ENRIQUE. (*Abriendo la puerta de la derecha.*) Yo.
BEATRIZ. (*Arrojándose en sus brazos.*) Enrique!..
ENRIQUE. Nada temas... (*Maupin tropieza y cae en un sillon.*) En cuanto á ese hombre, ya ves que no está en estado de hacer ni decir nada!
BEATRIZ. Oh! he tenido miedo!..
MAUPIN. Parece que las fantasmas se abrazan... Efecto del vino...

ESCENA XVII.

Los mismos.—SABINA *por el fondo.*

SABINA. Gracias á Dios que os encuentro.
MAUPIN. Otro fantasma!.. este... se parece á mi mujer... Y se abrazan... Bah!.. no soy celoso...
SABINA. (*A Enrique.*) Os creia lejos de aqui... traia algunas noticias... pero no para vos...
ENRIQUE. Hablad...
SABINA. No se ha perdido todo... hay esperanza... El Duque y el Presidente... (*Escuchando.*) Gente viene...

ENRIQUE. Será por mí... Ocultaos... (*Beatriz se oculta detras de los tapices de la derecha y Sabina en los de la izquierda.*)

MAUPIN. (*Medio durmiendo.*) Los fantasmas desaparecen. (*Viendo á la Duquesa que entra por el fondo.*) Un fantasma azul...

ESCENA XVIII.

MAUPIN.—LA DUQUESA.—ENRIQUE.

DUQUESA. (*A Enrique.*) Tomad esta llave... es de la escalerilla que da al patio... desde allí podreis salir al campo... Marchad... pues tengo motivos para creer... que está aqui mi marido.

ENRIQUE. Gracias!..

DUQUESA. Marchad por Dios... idos...

ENRIQUE. Una palabra...

DUQUESA. No... dentro de ocho dias en Versalles... (*Váse por la izquierda.*)

ENRIQUE. No faltaré... Diantre... la Presidenta!.. Ya era tiempo.

MAUPIN. Otro fantasma... y este es color de rosa... unos van... otros vuelven...

ESCENA XIX.

MAUPIN, *en su sillon.*—BEATRIZ.—SABINA, *detrás de la tapiceria.*—LA PRESIDENTA *entra por el fondo.*

PRESID.ª Pronto... pronto... idos...

ENRIQUE. Al momento.

PRESID.ª Abajo encontrareis mi carruage... el cochero está avisado... podeis fiar en él.

ENRIQUE. Tanta bondad...

PRESID.ª No os detengais... marchad... Ah, se me olvidaba... mi marido me ha dado un papel que concierne á la Maupin... tomadlo... acaso pueda seros de alguna utilidad...

SABINA. (Bravo!)

PRESID.ª Dentro de ocho dias... en París... Adios. (*Váse por la segunda puerta de la derecha.*)

MAUPIN. Qué de fantasmas!..

SABINA. (*Saliendo de la tapiceria.*) Bravo!..

ENRIQUE. Chit... Marchemos... pronto...

SABINA. (*A Beatriz.*) Venid... no... quedaos... alguien viene...

MAUPIN. Qué confusion de fantasmas... parece esto un baile de brujas...

ESCENA XX.

Los mismos.—EL DUQUE *de puntillas.*

DUQUE. (*A Sabina.*) Dices que aquello fué una equivocacion...

SABINA. Creyó que èrais el Presidente...

DUQUE. Será verdad... dame una prueba...

SABINA. Una prueba... Oh! qué idea... (*Indicando la puerta de la izquierda.*) Entrad ahí!...

DUQUE. Me espera?..

SABINA. Justamente. (*El Duque entra en la habitacion indicada por Sabina y ésta corre el cerrojo.*)

MAUPIN. Qué alegre es esta fantasma... cómo rie?..

ESCENA XXI.

Los mismos, menos el DUQUE.—EL PRESIDENTE, *que entra por el fondo.*

SABINA. Señor Presidente!.. Qué buscais por aquí?..

PRESID. No creo lo que me has dicho... Aquel bofeton...

SABINA. Era para el Duque.

PRESID. Para mi rival!.. Oh! que no me haya dado más fuerte... Necesito algunas aclaraciones...

SABINA. Se os darán.

PRESID. De veras?..

SABINA. Entrad ahí... os esperan... (*Le señala la puerta de la derecha, que cierra en cuanto entra.*)

PRESID. Oh! dicha!.. (*Entra donde dice Sabina.*)

ESCENA XXII.

SABINA.—BEATRIZ—ENRIQUE *salen de detrás de la tapiceria.*

ENRIQUE. Victoria completa! Huyamos!..
SABINA. Deteneos: aún nos falta otro nudo por desatar.
BEATRIZ. Qué dices!
SABINA. El loco D'Albret que ha logrado entrar en el castillo, sobornando al suizo, espera ahí fuera empeñado en veros un solo instante para convencerse de que no correis ningun peligro...
BEATRIZ. (*Sobresaltada.*) Imposible! no quiero... no puedo verle...
SABINA. Es que no sabeis el conflicto que puede traer vuestra negativa: todos los oficiales de su regimiento están á las puertas del castillo dispuestos á invadirle, á tomarle por asalto á la primera señal que les haga. Así me lo acaba de decir.
ENRIQUE. Ah! le reconozco en ese rasgo... es un bravo!
BEATRIZ. Todo lo prefiero á su presencia...
SABINA. (*Como herida de una idea repentina.*) Ah! qué idea! Ocultaos con Enrique detrás de los tapices: voy á decirle que entre...
BEATRIZ. (*Temblando.*) Qué vas á hacer?..
ENRIQUE. (*Acudiendo á ella.*) Pero qué significa esta turbacion?..
SABINA. (*A Enrique.*) Que le ama!
ENRIQUE. Comprendo...
SABINA. (*Mirando al fondo.*) Ahí viene!.. (*Enrique y Beatriz se ocultan detrás de un mismo tapiz.*)
MAUPIN. Ya se vuelven á ocultar...

ESCENA XXIII.

BEATRIZ.—D'AUBIGNÉ, *ocultos.*—SABINA.—D'ALBRET. MAUPIN.

D'ALB. No puedo esperar más... Decidme dónde está... necesito verla... hablarla ahora mismo...
MAUPIN. Qué deprisa habla este fantasma!..

SABINA. Pero para qué quereis verla si la odiais?..

D'ALB. Es que la detesto y la amo al mismo tiempo... quiero huir de ella y estar á su lado... y presa de esta contradíccion horrible, vengo á salvarla á costa de mi vida.

SABINA. Pero cómo se esplica esa contradiccion?

D'ALB. No me hableis ahora de eso: se esplica porque yo veo en ella dos mujeres enteramente distintas, un ángel y un demonio.

SABINA. Ah! habeis dado en la llave del secreto: veis en ella dos mujeres, porque efectivamente son dos: porque hay dos Maupin.

D'ALB. Qué significa esta estravagancia...

SABINA. Señor Conde, escuchad con atencion: á la altura á que han llegado los sucesos, lo mejor es revelároslo todo. Hay una Maupin modesta, tímida, virtuosa, noble, que no ha sido casada nunca, y que no ama más que á un hombre: hay otra atrevida, aventurera, plebeya, que se ha casado una vez, y que ha amado muchas... una digna de vuestro amor, otra que merece vuestra indiferencia...

MAUPIN. Es verdad... todo es verdad... basta...

D'ALB. Pero qué nuevo enredo es este? Si yo no he conocido nunca más que á una...

SABINA. Teneis razon; vos habeis conocido á la dulce, á la noble, á la virtuosa, á la francesa; pero no sabeis quién es la española...

D'ALB. Será posible que haya dos?.. que no sea una misma?... que un cambio de personas esplique... Bah! es que quereis burlaros de mí inícuamente...

SABINA. Burlarme! habeis dado con la frase: un cambio de personas es el que ha puesto tan en contradiccion la vida, la conducta, los modales, de la Maupin de Versalles con la historia de la Maupin de Madrid...

D'ALB. Pero si hay algo de posible en esto, quién es la verdadera?.. No comprendeis el tormento que me estais haciendo pasar? No comprendeis que si hay verdad en vuestras palabras yo correria á arrojarme á los pies de la Maupin, á entregarle mi fortuna, mi nombre, mi vida... Pero qué

estoy diciendo!.. estoy dando pábulo á vuestras mentiras y...

SABINA. Os juro que hay dos Maupin.

D'ALB. (*Fuera de sí.*) Cuál es la primera?

SABINA. La segunda soy yo.

D'ALB. Vos! ja! ja!

SABINA. (*Imponiéndole.*) Yo!

D'ALB. (*Con asombro.*) Y la primera?

ENRIQUE. (*Sacando de la mano á Beatriz.*) Beatriz D'Aubigné...

D'ALB. (*Lleno de asombro.*) Vos... Be...atriz D'Aubigné. Ah! si eso es verdad...

ENRIQUE. Su hermano os lo jura. (*Suenan las doce en un relój de campana.*)

SABINA. (*Escuchando.*) Ah! las doce: la hora en que las damas se recogen á sus aposentos. Huyamos en seguida.

BEATRIZ. Sí, huyamos.

ENRIQUE. A Bretaña, á nuestro pais natal: en el camino recojeremos á Catalina...

D'ALB. (*Interponiéndose.*) Deteneos... quiero presentaros á esa córte hipócrita y corrompida tal como sois.

BEATRIZ. Qué locura!.. (*Luchando.*) Dejadnos...

SABINA. Pero no comprendeis...

D'ALB. Nada comprendo.

ESCENA XXIV.

Dichos.—Las damas entran en tropel por las puertas del fondo, trayendo cada cual una luz en la mano. LA DUQUESA *y la* PRESIDENTA *salen de su habitacion tambien con luces.* EL PRESIDENTE *y el* DUQUE *empiezan á llamar á derecha y á izquierda en la puerta de la habitacion en que cada uno de ellos está encerrado.*

MAUPIN. Todas los fantasmas! todas las luces! todas las mugeres! todos los maridos.

PRESID.ª (*Abriendo una puerta.*) (Si será él.) (*Al ver al Presidente.*) Señor Presidente!

DUQUESA. Señor Duque! qué significa! (*Abriendo la otra puerta. La Duquesa la Presidenta y las damas

al retroceder llenas de asombro se encuentran con Beatriz, D'Albret, D'Aubigné y Sabina.)

DUQUESA. Señor D'Albret... Señor D'Aubigné... Señora... *(Movimiento general de asombro y estupefaccion.)*

PRESID.ª Pero, señores... cómo se esplica vuestra presencia á estas horas... en este asilo de la virtud y de la oracion?..

DUQUESA. Hablad... hablad... Qué misterio! qué escándalo!..

MAUPIN. *(Adelantándose.)* Si quereis... yo lo esplicaré todo...

PRESID. Que hable el Señor Gobernador... única causa de todos estos enredos.

DAMAS. Es verdad!

DUQUE. Que hable el señor Presidente, único responsable de estas trapisondas.

DAMAS. Es verdad!..

PRESID. *(Al Duque.)* A vuestros años, qué ejemplo!..

DUQUE. Como habeis nacido antes que yo, sabeis la edad que tengo...

DUQUESA. Pero, en fin, quién nos esplica?..

D'ALB. *(Adelantando con dignidad.)* Yo.

TODOS. Vos!..

D'ALB. Yo, que aprovecho la ocasion de ver aqui reunida por un conjunto de aventuras inesplicable á la flor y nata de nuestra aristocracia, para presentarla *(Tomando una mano de Beatriz.)* á mi futura esposa!..

TODOS. La Maupin!

D'ALB. No, Beatriz D'Aubigné, hermana del capitan Enrique D'Aubigné, y prima de Madame de Maintenon.

ENRIQUE. *(Adelantándose.)* Es verdad.

PRESID. Ja! ja! pero eso es una impostura...

DUQUE. Sí... una impostura...

ENRIQUE. *(Con energia y solemnidad.)* Silencio, señor Duque; silencio, señor Presidente! Beatriz Aubigné por salvar á su casa de la ruina en que estaba envuelta, por reunir los fondos necesarios para ganar un pleito justo... por arrancar á su hermano al claustro en que iba á encerrarse... aprovechándose de la hermosa voz de que la ha dotado la naturaleza, se decidió de acuerdo

con la Maupin á ocupar su puesto en la capilla de Versalles... Debajo de ese nombre supuesto que ha llevado durante tres meses se oculta un gran acto de abnegacion. Al que no crea en la esplicacion que acaba de oir, y que juro ser verdadera, mi espada le acabará de convencer.

D'ALB. No, la mia: que será pronto la de su esposo.

DUQUESA. Pero entonces, quién es la verdadera Maupin?

SABINA. Yo...

TODOS. Ella!..

MAUPIN. Es verdad... esa es mi mujer...

SABINA. Yo, señor Presidente; yo, señor Duque, que me he entretenido con vuestra credulidad, y me he burlado de vuestros deseos.

PRESID.ª DUQUESA. } Brabo! Brabo!

SABINA. Yo, nobles señores, que he recobrado ya mi voz, y que desde mañana para mejor convenceros, reemplazaré á Beatriz en la capilla de S. M. y os cantaré la ópera *Idomeneo*; yo, que os doy las gracias, señor Presidente, por haber declarado nulo mi matrimonio.

MAUPIN. Me declaran... nu... lo... nulo... para el matri... mo... nio... Despues de... veinte botellas.

DUQUE. Pero esto no quedará asi... Madame Maintenon sabrá...

BEATRIZ. Lo sabrá todo: yo misma, despues decontárselo, le diré que hay un Gobernador de Versalles y un Presidente de justicia... tan severos, tan dignos, tan respetables, que ocupan en seducir á una pobre cantante el poder y el tiempo que debieran emplear en gobernar el reino y administrar justicia.

TODAS. Brabo! brabo!

FIN.

Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

.a luna de miel.
In Ente como hay muchos.
ornelio Nepote.
.os Pretendientes del dia.
os dos amores.
eudas del alma.
ipo, ó el Princ. de Montecresta.
as diez de la noche.
l Congreso de Jitanos.
l Preceptor y su mujer.
ı Ley Sálica.
ı Casamiento por hambre.
ıtes que todo el honor.
n Divorcio!
Hija del misterio.
s Cucas.
rónimo el albañil.
ria y Felipe.

EN UN ACTO.

Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.

La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para pian
y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la reb de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se h una rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuenca casa de Astrarena.